

La revolución zapatista en los departamentos de Mezcalapa y Pichucalco, Chiapas (1910-1924)

Rocío Ortiz Herrera*

Introducción

En el año de 1916, ingresaron al territorio chiapaneco, procedentes de Cuautla, Morelos, tropas zapatistas al mando del general Rafael Cal y Mayor. Éste era un chiapaneco que radicaba en la ciudad de México desde 1910 y que en 1916, después de haber luchado al lado de Emiliano Zapata en el sur del país, se propuso defender el Plan de Ayala en su estado natal. A su llegada a Chiapas, las tropas zapatistas establecieron varios campamentos en el noroeste del estado, en la zona de Malpaso –un lugar cercano a la frontera con Veracruz, Oaxaca y Tabasco– desde donde dirigieron operaciones para difundir el Plan de Ayala. Sin embargo, y a pesar de los esfuerzos que realizaron, las tropas de Cal y Mayor sólo lograron ganar unos cuantos adeptos en esa región por lo que, hacia el final de 1922, sin armas y sin recursos, pero sobre todo sin el apoyo de los campesinos, los revolucionarios decidieron abandonar su lucha.

En este artículo me interesa mostrar las condiciones económicas y sociales que prevalecían en el noroeste de Chiapas a la llegada de las tropas zapatistas y la relación de éstas con el fracaso del movimiento

* Escuela de Historia, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, Cuerpo Académico “Patrimonio Sociocultural”.

zapatista de Cal y Mayor. También busco indagar la percepción que los campesinos de la región tenían acerca de la problemática agraria y social de esos años y en qué medida esa percepción influyó en el rechazo a la rebelión zapatista. De igual modo me interesa comprender las características del proyecto de Cal y Mayor, las acciones que realizaron las tropas a su mando, para establecer el dominio zapatista en el noroeste de Chiapas, la relación entre este movimiento y el que se desarrolló en torno a la figura de Emiliano Zapata en el centro-sur del país y, a partir de ello, determinar los factores ideológicos y estratégicos que dificultaron el triunfo del movimiento de Cal Mayor en Chiapas.

Los departamentos de Mezcalapa y Pichucalco a finales del siglo XIX y principios del XX

Hacia la década de 1870, los pueblos que más tarde serían ocupados por las fuerzas zapatistas formaban parte de los entonces departamentos de Chiapa, Tuxtla y Pichucalco. En el de Chiapa estaban incluidos los pueblos de Copainalá, Tecpatán, Coapilla, Osumacinta y Chicoasén; en el departamento de Tuxtla se localizaba el pueblo de Quechula y en el de Pichucalco las poblaciones de Ocotepéc Chapultenenago, Magdalena, Pantepec, Tapalapa, Ostuacán, Ixtapangajoyá, Tapilula, Solosuchiapa e Ixtacomitán. Todos ellos estaban habitados mayoritariamente por hablantes de la lengua zoque.

En el camino entre Tuxtla, la actual capital del estado, y el río Grijalva se encuentran los pueblos de Osumacinta, Chicoasén, Copainalá, Tecpatán, Coapilla y Quechula. Se localizan en la llamada sierra de Tecpatán, una zona montañosa que inicia al norte del Cañón del Sumidero y que se caracteriza por sus profundos cañones y numerosas corrientes de agua. Cultivos como maíz, frijol, chile y cacao, en mayores o menores cantidades, eran en esos años comunes en todos los pueblos de la región².

Al noreste de la sierra de Tecpatán se encuentra la sierra de Tapalapa o de Pantepec, de difícil acceso por sus empinadas cañadas y de tierras pedregosas poco propicias para la agricultura. Debido a

² Paniagua, *Catecismo elemental de historia y estadística de Chiapas*, pp. 79-85.

la baja productividad de sus tierras, los habitantes de esta sierra se veían forzados a realizar actividades complementarias a la agricultura para obtener muchas veces los granos de primera necesidad. Los habitantes zoques de Pantepec y de Tapalapa--pueblo situado entre grandes peñascos y que estaba alejado de las vías de comunicación más importantes--se dedicaban a elaborar piezas de barro que comercializaban en Pichucalco y Tabasco o bien se empleaban como cargadores. En Ocoatepec, muchos campesinos zoques se veían obligados a emplearse como cargadores o a comercializar diversos productos, mientras que en Chapultenango parte de la población zoque laboraba en ranchos productores de café y cacao de la zona o en los que se localizaban en la región más cercana de Pichucalco. Los campesinos de Magdalena, hoy Francisco León, sobresalían por el cultivo de tabaco y por la producción de mantas tejidas. En Ostuacán e Ixtapangajoya, los campesinos zoques cultivaban cacao en pequeñas cantidades. Los pobladores de Tapilula destacaban por la producción de panela, los de Ixtacomitán por el cultivo de cacao y los habitantes de Solosuchiapa por transportar productos en canoas por el río Teapa.³

Tanto el transporte de mercancías como la comercialización de distintos productos eran actividades que los campesinos realizaban para adquirir no solamente ropa e implementos de trabajo, sino maíz y frijol cuando la cosecha había sido insuficiente. Su ingreso a una economía monetaria también se debía a la necesidad de pagar cargas tributarias exigidas por las autoridades estatales. La principal de ellas era el impuesto de capitación que todos los hombres mayores de 18 años debían pagar mensualmente y cuyo monto equivalía a casi la cuarta parte de un jornal. Además de este impuesto, funcionarios civiles como maestros y secretarios municipales exigían el pago de contribuciones extraordinarias con las cuales compensaban los bajos sueldos que recibían. Para 1885, por ejemplo, en cada población de las sierras de Tecpatán y Tapalapa residían un secretario municipal y un escribano.⁴ También para

³ *Ibíd.*, pp. 74-78.

⁴ AHECH, Fondo Fernando Castañón Gamboa, *Noticia de las autoridades y demás funcionarios del ramo judicial del estado*, Impresos, Discursos e inventarios, tomo VIII, año 1885.

ese año, en las poblaciones más grandes y en algunas pequeñas como Tapilula y Magdalena⁵ ya habían sido construidas escuelas municipales y en cada una de ellas residía un maestro. Las aportaciones que estos funcionarios exigían debieron de aumentar así la cantidad de dinero que los campesinos tenían que disponer.

No se encontraron datos pormenorizados de esos años que permitan precisar el número de campesinos en posesión de sus tierras comunales o de ejido, de jornaleros o de peones, de arrendatarios y de pequeños propietarios que había en los departamentos de Mezcalapa y Pichucalco. Sólo un censo de 1859 refiere que en el pueblo de Copainalá existían 81 labradores y 7 mozos o peones endeudados, en el de Tecpatán 159 labradores y 23 mozos, en Coapilla 94 labradores y 3 mozos, en Osumacinta 6 mozos y en Chicoasén 4. Por otra parte, de acuerdo con Orozco y Berra, hacia 1855 había 83 fincas de cacao en Pichucalco y Copainalá⁶. Seguramente existían más ranchos y fincas en Tecpatán, Osumacinta y Chicoasén –lugares que más tarde destacarían por su número de propiedades– por lo que probablemente para la década de 1870 existía un mayor número de mozos en los pueblos de ambos departamentos. Con todo, para 1870, a excepción de los pueblos en donde se establecieron fincas de importancia y por tanto en los que debió existir alguna cantidad de jornaleros y arrendatarios, es posible que en el resto de los pueblos zoques, el grueso de la población estaba constituida por campesinos tradicionales, es decir, agricultores en posesión de tierras comunales y de ejido así como pequeños propietarios rurales que destinaban parte de su producción al mercado local o regional.

Al comenzar la década de 1890, la agricultura comercial en el estado comenzó a adquirir importancia por primera vez desde la época colonial. Finqueros alemanes, ávidos de tierras para expandir las plantaciones de café que poseían en Guatemala, comenzaron a establecer fincas cafetaleras en la región del Soconusco. Para 1892 había 26 grandes plantaciones en el Soconusco y otras más en varias regiones incluyendo los

⁵ AHECH, Fondo Fernando Castañón Gamboa, *Establecimiento de escuelas en pueblos indios*, impresos, documento No.30, tomo VIII, año 1885.

⁶ Orozco y Berra, *Apéndice al diccionario universal de historia y de geografía*, tomo III, México, 1855, pp. 31-32. citado en Thomas Benjamin, *El camino a Leviatán...*, op.cit. p. 333.

pueblos de la sierra de Tecpatán. Durante estos años la agricultura comercial también se expandió en el departamento de Pichucalco, especialmente el cultivo de cacao que se comercializaba en Tabasco y cuyos ingresos representaron una gran riqueza para el estado.

El impacto de la economía comercial en el noroeste de Chiapas fue enorme. En distintos pueblos de la región, el cultivo de café y de cacao dio como resultado un importante crecimiento de fincas y ranchos. Para 1896, el departamento de Mezcalapa contaba con un total de 100 fincas y 50 ranchos y el de Pichucalco con 93 fincas y 529 ranchos.⁷ éste último llegó a ocupar el primer lugar en la producción y exportación de cacao de todo el estado y el segundo en la producción de café, mientras que el de Mezcalapa se convirtió en el segundo departamento productor más importante de cacao y el tercero en la producción de café.⁸ Para finales de la década de 1910, la expansión de la agricultura comercial en ambos departamentos había dado como resultado un aumento considerable de propiedades. Un censo agrícola de 1909, aunque con criterios distintos para determinar el tipo de propiedad, registró en el departamento de Mezcalapa un total de 19 fincas, 310 ranchos y 349 medianas y pequeñas propiedades y en el de Pichucalco 208 fincas, 572 ranchos y 461 pequeñas y medianas propiedades.⁹ Del total de propiedades registradas en el departamento de Pichucalco, el 30% correspondía a las propiedades establecidas en los pueblos que en 1916 fueron ocupados por las fuerzas zapatistas, es decir, Chapultenango, Ixtacomitán, Ixtapangajoya y Ostucacán.

En el departamento de Mezcalapa, los pueblos que destacaban por el número de propiedades, con un total de 593, eran los de Copainalá, Tecpatán, Magdalena, Quechula y Tapilula. De éstas sólo algunas debieron de haber sido grandes propiedades pues en todo el departamento sólo había 19 fincas. En ellas se producía básicamente café y cacao. Para entonces el número de mozos en el departamento había crecido considerablemente. De unos cuantos en la década de 1870, éstos habían

⁷ Datos estadísticos del estado de Chiapas recopilados en el año de 1896.

⁸ Datos estadísticos del estado de Chiapas recopilados en el año de 1896., Imprenta del gobierno, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 1898.

⁹ Anuario estadístico del estado de Chiapas, año de 1908, *op.cit.*

aumentado a 747 en 1898¹⁰ y a 1,471 en 1909¹¹, el 10% y el 13% de la población total del departamento respectivamente. Por su parte, en 1909 el departamento de Pichucalco registraba un total de 4,789¹² mozos, de los cuales no se sabe con exactitud los que trabajaban en las fincas de los pueblos de Chapultenango, Ostuacán, Ixtacomitán e Ixtapangajoya. Sin embargo, considerando el porcentaje de propiedades que estos pueblos reunían con respecto al total de propiedades del departamento de Pichucalco, el 30%, una parte significativa de los campesinos debió de incorporarse al trabajo de las fincas de esos lugares sobre todo si consideramos que la población total de esos pueblos era reducida en comparación con las propiedades que se establecieron en muchos de ellos y otros más, como veremos en los testimonios orales, se convirtieron en mozos de las fincas de Pichucalco y de Tabasco.

No se han consultado datos cuantitativos que indiquen con exactitud el impacto que tuvo el avance de la propiedad privada sobre las tierras comunales y ejidales en los pueblos de ambos departamentos. Por el número de fincas y ranchos que se establecieron en los distintos pueblos y de acuerdo con los testimonios de viejos pobladores de la región, es muy probable que para la primera década del siglo XX, solamente los campesinos de Ocotepéc y Pantepec conservaran sus tierras comunales y ejidales. En el resto de los pueblos de ambos departamentos, en cambio, el avance de la propiedad privada debió causar la pérdida significativa de tierras para una parte representativa de los campesinos, sobre todo en aquellos en donde la población total de habitantes era reducida y en los que se estableció un número importante de propiedades. Este fue el caso de lugares como Magdalena en donde la población total en 1900 era de 1,175 habitantes y en el que para 1909 se habían establecido 137 grandes y medianas propiedades o el caso de Ostuacán con una población total de 2,126 pobladores en 1900 y 152 fincas a finales de esa década. En pueblos como Chapultenango se establecieron pocas propiedades pero el valor que llegaron

¹⁰ AHECH, *Periódico oficial del Estado*, Tuxtla Gutiérrez, 30 de julio de 1898.

¹¹ AHECH, *Estadística agrícola de 1909*, Censo agrícola 1909. Secretaría general del gobierno del estado de Chiapas Sección de estadística. Valor fiscal de la propiedad raíz en el estado, 1909.

¹² *Ibidem*.

a alcanzar sugiere que éstas eran fincas de importancia, tal como lo recuerdan viejos campesinos de este lugar.

Fincas rústicas en pueblos de los departamentos de Mezcalapa y de Pichucalco.

1908

Departamentos	Municipios	Número de fincas	Valor de la propiedad rústica
Mezcalapa	Coapilla	23	15,811
	Copainalá	175	146,940
	Chicoasén	21	16,110
	Ishuatán	22	20,620
	Magdalena	137	55,945
	Ocotepec	4	10,800
	Pantepec	2	7,800
	Quechula	79	222,056
	San Bartolomé Solistahuacán	13	22,234
	Tapilula	90	40,890
	Tecpatán	112	102,458
Pichucalco	Chapultenango	3	20,300
	Ixtacomitán	98	390,926
	Ixtapangajoya	96	152,675

Fuente: AHECH, *Censo agrícola 1909*. Secretaría general del gobierno del estado de Chiapas sección de estadística. Valor fiscal de la propiedad raíz en el estado, 1909.

El trabajo en las fincas

De acuerdo con testimonios de viejos campesinos de ambas regiones, en general, el sistema de fincas gozaba de cierta legitimidad, a pesar de las relaciones sociales desiguales que existían en su interior. La autoridad del finquero estaba legitimada porque éste proveía a los trabajadores de

un pedazo de tierra, casa, ropa, comida y ayudas extras que le proporcionaban al trabajador seguridad y protección. Estas ventajas compensaban, hasta cierto punto, las jornadas extenuantes que el peón experimentaba en el trabajo de la finca, así como la pérdida de sus tierras y de su libertad. La seguridad y protección que el finquero ofrecía al trabajador lo colocaba en el lugar de un padre al que se le debía obediencia y lealtad.

En la memoria de campesinos de la sierra de Tecpatán, por ejemplo, permanece el recuerdo de las difíciles condiciones de trabajo que tuvieron que enfrentar en ese tiempo, cuando muchos de ellos ingresaron a las fincas y se convirtieron en mozos o cuando tuvieron que buscar tierras para arrendar. Pero al mismo tiempo reconocen las ventajas que obtenían como trabajadores de las fincas, los lazos morales que los arraigaban de forma natural a ellas y la garantía de tener un trabajo seguro aunque extenuante. La legitimidad del sistema de fincas fue la razón por la que en 1914, cuando se promulgó la Ley de Obreros que liberó a la servidumbre por deudas, muchos trabajadores de esa región se negaron a dejar a sus patrones. Así lo recuerdan viejos campesinos de Tecpatán y de Coapinalá:

En esos tiempos había fincas pero no muy grandes, sólo había ranchos de tamaño regular que ocupaban a la gente que no tenía trabajo. Hubo un tal Luciano Rodríguez que tuvo una finca, se llamaba Totopac, ahí ocuparon a algunas personas como mozos. La finca les proveía de víveres y de todo lo que necesitaban, había tienda de raya, el patrón les pagaba la mitad y la otra parte se las iba endeudando. Después vino la mentada libertad y los mozos quedaron desamparados, se arrimaron al patrón otra vez para que les diera trabajo pero les decía:

-Ay hijo, no puedo, si los admito la autoridad los podría castigar, mejor váyanse hijitos.¹³

Nací en una finca porque mi padre era sirviente, la finca se llamaba Concepción, estaba en el lado poniente, en el municipio de Tecpatán. Me trajeron aquí a los cuatro años, desquitó mi padre, me trajo y aquí comenzó a trabajar. Cuando liberaron a los mozos,

¹³ Roberto Velasco Gómez, campesino de Tecpatán, 85 años.

cuando Madero dijo que ya no iba a haber mozos, fue en 1908¹⁴; algunos mozos querían volver a las fincas porque ahí tomaban leche y en cambio aquí no tomaban. En ese tiempo mi papá ya estaba libre. Los demás mozos ya no se quedaron, todos salieron y como algunos debían 300 o 400 pesos pues se pusieron contentos. Allá en la finca trabajaban con la mujer y con los hijos, todos iban a tapiscar y si ya debían mucha paga, los vendían, algunos fueron vendidos en las fincas de Tabasco, de ahí traían los 300 pesos y ya quedaban libres.¹⁵

Mi abuelito tenía una finca, en Morelos, se llamaba Las Gotas de Agua y tenía como 100 hectáreas. Sembraban café, lo apilaban y lo llevaban a lomo de bestia hasta Pichucalco. Luego le dieron una propiedad a mi papá, tenía 40 hectáreas. Sembrábamos milpa, café y frijol. A mi abuelo le gustaba arrimar gente pobre, trabajaban dos años y luego les buscaba su compañera, los casaba y así vivían en la finca. Mi mamá era sirvienta de ahí, era una indita, mi papá se casó con ella. Los Meza eran buenos, tenían trato bueno con los trabajadores, nombraban al promotor, a san Isidro Labrador, el santo patrono y hacían fiesta.

Antes de casarse mi papá fue mozo de la finca de don Nemesio Vázquez, de Copainalá. Cuando trabajaba ahí vino la ley de que ya no había mozos, en ese entonces mi papá tenía deuda de 25 pesos, se había endeudado de todo lo que el patrón le daba, estaba en poder del patrón, pero con la ley logró acabar con la deuda y salir de la finca. Después de la ley y cuando vino la revolución los mismos patronos tenían miedo de tener mozos porque venían los soldados, agarraban al patrón y al mozo y los mataban. Entonces todos los mozos salieron, pero quedaron con las manos cruzadas porque no tenían qué trabajar, no tenían herramientas ni tierra para trabajar, sufrieron mucho. Cada quien tenía que buscar donde vivir. Muchos se fueron a vivir al convento porque en ese entonces estaba abandonado y ya luego pidieron sus tierras.¹⁶

¹⁴ El entrevistado confunde el año en el que fue abrogado el trabajo endeudado. En Chiapas, la Ley de la Liberación de los Mozos fue promulgada en agosto de 1914 por el gobernador constitucionalista Agustín Castro.

¹⁵ Pedro Robles, campesino de Coapilla, 103 años.

¹⁶ Ignacio Gómez Aguilar, Tecpatán, Colonia Luis Espinosa, 81 años.

Al parecer, en pueblos como Chicoasén el número de mozos fue mayor que en Tecpatán y Copainalá. En ese lugar, a pesar de las duras condiciones de trabajo que los mozos enfrentaban y que en momentos parecía amenazar la legitimidad de las relaciones desiguales en la finca, fue común que algunos de ellos también se resistieran a dejar la finca después de promulgada la liberación.

Yo fui baldío. En ese tiempo ya había ejido, con la lluvia Dios nos daba muchos productos: tomate, calabaza, frijol de castilla y troje de maíz que mi papá sacaba. Había gente muy rica: Saúl Culebro que tenía mucho ganado, don Jerónimo Centeno, Eraclio Juárez, Emilio Castillejo, ellos también tenían fincas de ganado. En sus fincas tenían puro baldío, tenían más de 200 hombres, ellos los sostenían pero cuando se ganó la tierra, a todos los sacaron. Mi mujer fue moza, en ese tiempo algunos mozos echaban todos los días 20 viajes con botes de agua para servir a los ricos, iban a un río, donde hay una zanja y de ahí la llevaban. Si no lo hacían los ricos los castigaban, les daban chicotazos, vergazos en la tasajera, los ricos eran como los papás de los mozos, les daban todo y cuando no obedecían, los castigaban. Fueron malos los ricos, ahora ya se acabaron los mozos. El mozo trabajaba hasta el día domingo, también daba el tequio que era un día entero de trabajo. Bajo los chorros se iban a trabajar, todos los días, no había descanso. El mozo pedía todo: ropa, comida, caite...el patrón les daba todo y por eso tenían deuda. Mi mujer tuvo una tía que era moza y un día se huyó a Chiapa porque le exigían que pagara su deuda. Don Saúl era malo, su mujer era buena, pero los hombres eran malos. Después de la libertad, llegó un mozo con su patrón y le dijo que quería seguir trabajando con él porque se acordaba cuando le pegaba.

—Ah, cómo eres ignorante —le contestó el patrón—, si ya se acabó la mozada.¹⁷

En Coapilla, en el mismo departamento de Mezcalapa, al parecer sólo algunos cuantos campesinos ingresaron al trabajo de las fincas, a pe-

¹⁷ Pedro Muñoz, campesino de Chicoasén, 91 años.

sar de que en ese pueblo existían algunas propiedades de importancia. Probablemente ingresó a ellas mano de obra de otras regiones cercanas o bien de Los Altos de Chiapas, una región tradicionalmente expulsora de mano de obra. Hacia principios del siglo XX, gran parte de los campesinos de Coapilla habían conservado sus tierras, muchas de las cuales eran aptas para distintos cultivos y también para la ganadería. Estas circunstancias influyeron para que los campesinos fueran poco dependientes del trabajo en las fincas.

En distintos pueblos de la sierra de Tapalapa, el establecimiento de grandes propiedades no trajo consigo el despojo de buena parte de las tierras comunales y ejidales. Empero la baja productividad de éstas obligaba a una parte de ellos a emplearse como mozos o a realizar actividades comerciales para obtener ingresos y adquirir los granos de primera necesidad. La venta de ollas o piezas de jarriería para obtener recursos y en tiempos de mala cosecha invertirlos en la compra de maíz y frijol, implicaba recorrer largas distancias por caminos peligrosos. No obstante y al igual que el trabajo en las fincas, estas actividades aseguraban la estabilidad de la economía familiar.

Algunos campesinos de Ocotepec recuerdan así la forma de vida de aquel tiempo:

De aquí se fueron algunos a trabajar de mozos, allá por Santa Marta, adelante de Pichucalco. Si el mozo debía un peso lo vendían con otro rico y ahí se volvía a endeudar, la deuda nunca acababa. Mi padrino estuvo de mozo, pero ya luego llegó el tiempo de la libertad...Más antes no todos cosechaban maíz y buscaban trabajo en otro lado, a veces les pagaban con maíz y otras veces con dinero, también así ganaban el frijol. También era por suerte, unos cultivaban pero no se daba la cosecha, se aguachinaba por el viento y ya no daba, entonces tenían que chambear aquí o en otro lugar...pero aquí no había problemas, trabajaban en la milpa o si no hacían negocios, vivían contentos. Aquí no había propietarios no había ricos sólo había dos personas que vendían ropa y abarrotes, eran los peces grandes, los dueños eran de aquí.¹⁸

¹⁸ Juan Esteban Pérez, campesino de Ocotepec, 77 años.

En tiempo de escasez de maíz teníamos que irlo a buscar lejos, con puro mecapal, a puro pie pelado, caminando en medio del lodo. A mí una vez me llevó el río de Pichucalco en medio del río me quedé, me arrastró muy lejos, pero gracias a Dios no quiso el destino y me escapé... Antes se cargaba mucha olla de barro. Muchos llevaban su carga pero a veces caía en el río y todo lo llevaba. Ahí por la colonia Naranjo, donde está el río grande, algunas personas que llevaban su carga se ahogaban por querer salvar al compañero que iba con ellos.¹⁹

En otros pueblos de la sierra de Tapalapa, el avance de las fincas sobre la propiedad comunal y ejidal había sido significativo. Este fue el caso de Chapultenango en donde a pesar de que el censo de 1909 sólo registraba 3 fincas, éstas también debieron ser de gran tamaño y quizás trabajaron en ellas un número importante de mozos. Como lo recuerdan los pobladores del lugar, los finqueros tenían bajo su dominio grandes extensiones de tierra y los campesinos desposeídos se vieron obligados a trabajar en las fincas del lugar o en las de Tabasco. Como en otros pueblos de la sierra de Tecpatán, a pesar de que parte de la población campesina fue despojada de sus tierras y de que se vio forzada a ingresar al trabajo endeudado, la seguridad que ofrecía el trabajo en las fincas, la legitimidad que los campesinos le otorgaban, así como distintas creencias que hacían menos pesado el trabajo compensaron en buena medida la pérdida de sus tierras. No obstante, por lo menos en Chapultenango, el control que los finqueros tenían sobre la vida política y social del pueblo llegó a crear tensiones sociales que a la larga forjaron una fuerte conciencia de clase. Hoy en día campesinos de este lugar distinguen el tiempo en el que gobernaron los “ricos” y el tiempo en que gobernaron los “pobres”.

Antes no había gobierno para pobres, sólo para ricos. Venía la gente rica de Pichucalco y de Tabasco a pedir al gobierno mozos para ir a trabajar a las fincas. El presidente municipal les daba la gente, allá se iban con sus mujeres y con sus hijos. Por eso antes no había ley,

¹⁹ Mauro de la Cruz Castellanos, campesino de Ocotepéc, 84 años.

era la esclavitud. Mi abuelito trabajaba como mozo, no le pagaban y tenía que picar potrero. Tenía mucho cafetal y cuando salía la cosecha, el mismo mozo la tenía que llevar a Pichucaco, cargaban un quintal, que son cuatro arrobas, con puro mecapal. Estaba la finca Asunción y la finca Sonora. Alberto Gómez era dueño de la finca Sonora, tenía bastante ganado y también tenía mucha caña, vendía aguardiente. Había varias fincas, algunos ricos eran buenos y otros malos. Los ricos pedían gente como mozo, había mucha gente en las fincas. Los propietarios agarraron todo el terreno y el pueblo no podía trabajar, el rico era el que mandaba. Teníamos tierra en mancomún, era terreno nacional, pero los ricos tenían bastante terreno, agarraron tierras a su gusto²⁰

Antes los mozos de las fincas machacaban el café sin cáscara y hacían carga. Decía mi papá que una sola persona tenía que cargar hasta 46 kilos, 1 quintal, y llevarla hasta Tuxtla, caminando. La llevaban hasta la Concordia, el que tenía más fuerza era el que cargaba. Para que no les costara tanto trabajo, los mozos buscaban al señor que sabía oraciones, le pegaba a la carga en las cuatro esquinas y decía oraciones para que ya no pesara, así traían café a Tuxtla.²¹

La autonomía pueblerina

En el resto de los pueblos del noroeste de Chiapas, al parecer, después de 1911 y hasta 1940, la población campesina de los pueblos ocupados por las fuerzas zapatistas en 1916 gozaron de una amplia autonomía en el manejo de sus asuntos internos. La autonomía con la que los campesinos conducían su vida social puede explicarse como consecuencia de la inestabilidad política que experimentó todo el estado después de 1911, primero, como resultado de la rebelión maderista que encabezó la *elite* política de las tierras altas en ese año y, después, como consecuencia del periodo de guerra civil que se presentó en el estado entre 1914

²⁰ Pablo Gonzáles Gómez, campesino de Carmen Tonapac, Chiapa de Corzo. (ex -ejido de Chapultenango), 78 años.

²¹ Esteban Sánchez, campesino de Carmen Tonapac, Chiapa de Corzo. (exejido de Chapultenango), 69 años.

y 1920, luego de la imposición de la revolución constitucionalista en el estado.²² Por otra parte, si bien algunos de los pueblos de ambos departamentos presentaron una importante actividad económica desde finales del porfiriato, otras regiones como el Soconusco y Los Altos, dada su importancia estratégica en la producción de café y el suministro de mano de obra, exigieron un mayor control político por parte de las autoridades estatales. En el resto de Chiapas, como afirma Benjamin, el pretexto de la guerra sirvió para que los campesinos comenzaran a tomar el control sobre sus vidas.²³

En la memoria de los pobladores de Tecpatán, de Coapilla y de Ocoatepec, por ejemplo, permanece el recuerdo de la forma en la que se elegían las autoridades municipales en aquellos años. Recuerdan, con nostalgia, cómo en esos años gobernaba el pueblo: “era una democracia” --recuerdan-- ya después cambiaron las cosas y los nombramientos de las autoridades comenzaron a ser arreglados en Tuxtla. Generalmente un grupo de ancianos seleccionaba a varios candidatos, los cuales debían reunir ciertas cualidades morales y en ocasiones contar con solvencia económica, y posteriormente eran sometidos, en asambleas, al voto popular. Los pobladores de la región recuerdan las ventajas de esta forma de elegir a sus autoridades, aunque también las dificultades que muchas veces enfrentaban quienes ejercían los cargos políticos. Asumir un cargo implicaba abandonar las labores agrícolas durante un año y como el gobierno no ofrecía retribución alguna por el desempeño del puesto, los funcionarios debían sobrevivir a expensas de lo que el pueblo les ofreciera.

Viejos campesinos de Tecpatán recuerdan así ese tiempo:

La política en aquél tiempo era distinta. Los más ancianos, los de edad competente, buscaban unas personas capacitadas, dos o tres, y en una asamblea de todo el pueblo se elegía al presidente municipal. Yo presencié en aquellos tiempos una junta de cabildo; había tres candidatos, los sometieron a votación y por mayoría de votos

²² Benjamin, *El camino a Leviatán*, México, op. cit., pp. 139-206.

²³ *Ibíd.*, p. 189.

eligieron a uno. La gente escogía a su propio presidente. De aquí se llevaban al congreso el nombre del que había sido elegido y de allá mandaban el nombramiento oficial. Esto cambió cuando estuvo Efraín Gutiérrez, en ese tiempo comenzó a llegar propaganda de un partido, el PRM fundado por Calles. Entonces los presidentes ya duraban dos años, antes sólo uno. El partido hacía su comité y nombraba a sus candidatos, los proponía el gobierno del estado, y de ahí venía después el nombramiento del que quedaba.²⁴

En Ocoatepec, el presidente municipal era también elegido por el pueblo, pero además era responsable tanto de las funciones civiles como de la organización de las festividades religiosas.

Antes elegíamos a nuestros presidentes, se reunían los viejitos y ya después se hacía una asamblea para cambiar de presidente. Como no les pagaba el gobierno, vivían de multas, cobraban un poco de impuestos en las fiestas.²⁵

El pueblo elegía a sus presidentes, se elegía al más honrado. Yo fui presidente en 1942. Entonces no había sueldo, se perdía el tiempo durante un año. Cuando había un pleito lo arreglaba. El presidente tenía sus policías, tesorero, síndicos, secretario y regidores. Nadie les pagaba. Estas mismas autoridades organizaban las fiestas, las más importantes eran las de Navidad, la del Carnaval, la del patrón San Marcos y Santa Cruz, el 14 de septiembre.²⁶

En 1945 ya existía el PRI, pero antes el presidente se nombraba por una convención con la gente, era democracia, se reunía la gente y escogían al más humilde para que fuera el presidente. Después de 1945 o 1946, por ahí, el presidente ya no fue nombrado por el pueblo, fue nombrado por confianza en Tuxtla, se terminó la democracia en 1944.²⁷

²⁴ Roberto Velasco Gómez, campesino de Tecpatán, 85 años.

²⁵ Mauro de la Cruz Castellanos, campesino de Ocoatepec, 84 años.

²⁶ Antonio de la Cruz Castellanos, campesino de Ocoatepec, 103 años.

²⁷ Francisco Morales Cruz, campesino de Ocoatepec, 75 años.

En Coapilla, los campesinos recuerdan claramente cómo en esos años gobernaba el pueblo.

Antes los presidentes municipales los nombraba el pueblo. Me acuerdo cuando en 1928 nombraron al presidente, le llevaron marimba y le dijeron que él iba a ser presidente y ya. La cualidad que debía tener era que fuera amigo de todos, que no fuera ladrón ni peleador, que fuera pacífico. El gobierno no les pagaba nada, duraban sólo un año. Se mantenían con contribuciones, por ejemplo se pagaba de la matanza de res, en la cantina pagaban el permiso, también los changarritos. Se hacía una asamblea, los finqueros no se metían, mandaba el pueblo, ellos simpatizaban con los candidatos del pueblo.²⁸

La excepción de estos casos lo constituían pueblos como Chapultenango. En ellos, el control que los finqueros ejercían sobre la vida política reducía en buena medida la autonomía comunitaria de la población campesina. No obstante, y a pesar de que los campesinos tenían una conciencia de clase más acentuada que otros pueblos de la región, el equilibrio social no llegó a fracturarse.

Aquí Alberto Pérez era el que nombraba al presidente, él era quien mandaba más. Se reunían en la presidencia con Alberto Pérez y después salían para convencer a la gente para que tal persona quedara como presidente y ya ellos lo nombraban. Cualquier cosa de la presidencia iban corriendo con don Alberto, si alguien quería algún puesto iban con él.²⁹

Estas fueron, en suma, las condiciones económicas y sociales que encontró Cal y Mayor a su llegada al noroeste de Chiapas en 1916 y la percepción que de ellas tenían los campesinos de la región.

En cuanto a las características lingüísticas de la población, las fuerzas de Cal y Mayor se encontraron con pueblos que para esos años

²⁸ Artemio Pérez, campesino de Coapilla, 83 años.

²⁹ Felipe González Ávila de 75 años, campesino de Chapultenango, 76 años.

habían comenzado a abandonar el uso de la lengua zoque y probablemente también una identidad india. Para 1900, por ejemplo, el 60% de los habitantes de varios pueblos de la Sierra de Tecpatán –Copainalá, Tecpatán y Coapilla– habían abandonado el uso del zoque. En el departamento de Pichucalco, pueblos como Chapultenango, Ocotepec y Magdalena conservaban un elevado porcentaje de hablantes zoques, el 95%, pero en otros, –Ostuacán e Ixhuatán– la población que hablaba la lengua nativa sólo representaba el 28% de la población total. Estos pueblos, al igual que otros del departamento de Pichucalco y también del departamento de Mezcalapa serían el escenario de la revolución zapatista que encabezaría Rafael Cal y Mayor entre 1916 y 1922.

Los primeros momentos de la revolución zapatista en el noroeste de Chiapas

En Chiapas, el levantamiento armado que inició Madero en 1910 abrió un periodo de inestabilidad política y de guerra civil que se caracterizó, como en otros estados del norte y del sureste del país, por el surgimiento de movimientos sociales interesados más en controlar el poder económico y político del estado, que en lo ideales de los revolucionarios del norte y del sur del país. El primero de ellos tuvo lugar en 1911, cuando un grupo de comerciantes y propietarios de la ciudad de San Cristóbal se levantó en armas bajo la bandera maderista, pero lejos de defender libertades democráticas, la élite sancristobalense pretendía recuperar antiguas prerrogativas políticas y económicas. Tres años más tarde, en la segunda mitad de 1914, un grupo de finqueros de Los Valles Centrales se sublevaron en protesta por la abolición del trabajo endeudado proclamada por el gobierno constitucionalista del general Agustín Castro. Los rebeldes, conocidos como “mapaches”, se autonombbraron villistas y después obregonistas, pero su lucha contra los constitucionalistas, que se prolongó hasta finales de 1919, tenía como objetivo central defender privilegios de la clase terrateniente, a los que tanto Villa como Obregón buscaban combatir. De ahí que esta rebelión y el gobierno que entre 1920 y 1924 impuso el líder de los finqueros rebeldes, Tiburcio Fernández Ruiz, se conocieran más tarde como el movimiento de la contrarrevolución en Chiapas.

Fue precisamente en el periodo de guerra civil entre mapaches y constitucionalistas cuando las tropas al mando del general Rafael Cal y Mayor arribaron a los entonces departamentos de Mezcalapa y de Pichucalco. Cal y Mayor era originario de Cintalapa y provenía de una familia terrateniente. Sus primeros estudios los había realizado en Chiapas y en 1910 había viajado a la ciudad de México para continuar con su educación. Primero ingresó a la Escuela Nacional Preparatoria y después a la Universidad Nacional para cursar la carrera de derecho. Sin embargo, contagiado por el fervor revolucionario y dispuesto a combatir al gobierno de Carranza decidió abandonar sus estudios para integrarse a las fuerzas que dirigía Emiliano Zapata.³⁰ Después de algunos meses en los que luchó al lado de Zapata, Cal y Mayor le comunicó a éste su decisión de propagar la causa zapatista en su estado natal. Accediendo a su petición, en el mes de abril de 1915, Zapata lo nombró jefe de operaciones militares de los estados de Chiapas, Tabasco, Campeche y Yucatán y le asignó una tropa de 200 hombres. Obedeciendo las instrucciones del cuartel general zapatista, ese mismo mes, Cal y Mayor salió de Cuautla (Morelos) para cumplir con su cometido. En su trayecto hacia el sureste, la expedición enfrentó diversos obstáculos que no sólo retardaron su llegada a Chiapas, sino que debilitaron enormemente a la tropa.³¹

Desde su travesía por el Istmo, Cal y Mayor tuvo noticias de la rebelión de los “villistas”, como se autodenominaban los mapaches. El jefe de los mapaches, Tiburcio Fernández Ruiz, era un antiguo amigo de Cal y Mayor. Habían sido compañeros de escuela durante la infancia por lo que éste pensó factible establecer una alianza en la que “villistas” y zapatistas combatieran al gobierno de Carranza. Sin embargo, después de varios encuentros, el jefe zapatista se dio cuenta de los verdaderos intereses de los mapaches y decidió buscar una región de Chiapas en donde pudiera comenzar a luchar por la causa agraria.

³⁰ Gordillo y Ortiz, *Diccionario biográfico de Chiapas*, p. 26.

³¹ Cal y Mayor, Copia del informe rendido por el C. de brigada Rafael Cal y Mayor al general en jefe de la revolución Emiliano Zapata, año de 1916, citado en Benjamin, "Una historia poco gloriosa. Informe de Rafael Cal y Mayor al general Emiliano Zapata, 1917", pp. 597-620

Las tropas zapatistas arribaron al departamento de Mezcalapa a mediados de 1916. Desde su llegada, las autoridades municipales comenzaron a realizar peticiones para la dotación de armas y parque. Las solicitudes iban dirigidas al gobierno carrancista, y en ellas las autoridades locales siempre manifestaron su posición a favor del gobierno constitucionalista y su rechazo al movimiento zapatista. La fidelidad al gobierno carrancista –tanto de las autoridades locales como del grueso de la población campesina que en todo momento apoyó las acciones de los gobernantes en contra de los zapatistas– posiblemente se derivaba de ventajas políticas y económicas que el régimen constitucionalista había garantizado en la región, entre ellas, la de ejercer el control sobre sus asuntos internos a través de gobiernos relativamente autónomos y también de ventajas económicas como las derivadas de la ley de la liberación de los mozos de 1914.

En un inicio, el envío de armas por parte del gobierno estatal presentó muchas dificultades. La guerra de los carrancistas contra los finqueros mapaches y los pinedistas, en las tierras altas, concentraba toda la atención del gobierno y ni las fuerzas militares ni el armamento eran suficientes para enfrentar a otro grupo armado. En julio de 1917, por ejemplo, el presidente municipal de Tecpatán, Eligio López, se quejó ante el gobierno del estado de que sus peticiones de armamento y parque no habían sido atendidas sobre todo en esos momentos en que la población estaba amenazada por los “enemigos del orden constitucionalista”.³²

Mientras las autoridades estatales lograban proporcionar armas y parque a los ayuntamientos, el general Salvador Alvarado, quien había sido designado por Carranza para dirigir las operaciones militares en los estados del sureste, comenzó a organizar una contraofensiva para combatir a los zapatistas. A finales de 1917, casi un año después de que las fuerzas de Cal y Mayor se habían establecido en Malpaso, Salvador Alvarado giró instrucciones a los distintos municipios para hacer frente a la invasión zapatista. Entre ellas destacaban las de no realizar ningún intercambio comercial con lugares en poder de los rebeldes, decomi-

³² AHECH, *Sección de guerra*, tomo III, expedientes 29-120, de Eligio López, presidente municipal de Tecpatán, al gobernador del estado, Tecpatán, 7 de julio de 1916.

sar productos y “cueros” procedentes de las zonas rebeldes, organizar guardias municipales para la defensa de la población y declarar rebeldes a las personas que enviaran víveres o que ocultaran a los zapatistas.³³ En ese momento también ordenó a los ayuntamientos matricular las armas existentes en los poblados con el fin de tener un control sobre ellas. Como parte de su estrategia, giró, asimismo, un cuestionario a los ayuntamientos del departamento con el objeto de recopilar información sobre el número y actividad de los pobladores, estado de los caminos, número de cárceles, haciendas, arroyos y ríos, así como sobre la situación de medios y vías de comunicación –telégrafo, ferrocarriles– y volúmenes de producción.³⁴ Los resultados de estos cuestionarios debieron de ser, sin embargo, poco alentadores para las autoridades militares. De acuerdo con los informes de algunos municipios, las condiciones para llevar a cabo la ofensiva militar eran difíciles: en toda la región no existían caminos adecuados para el paso de artillería y caballería, no había ningún camino carretero y los de herradura se encontraban en malas condiciones. Por otra parte, en todo el departamento sólo existían algunas cárceles y muy pocos municipios contaban con oficina de correo.³⁵

No se sabe, a excepción de lo que el propio Cal y Mayor expone en su informe, cuáles fueron las acciones que las fuerzas zapatistas realizaron en los departamentos de Mezcalapa y Pichucalco durante los meses de julio a diciembre de 1916. Posiblemente intentaron reunir a la población para explicar los objetivos de la revolución e iniciaron los primeros esfuerzos por controlar algunas poblaciones. Las primeras noticias sobre la presencia de rebeldes zapatistas tuvieron lugar en el pueblo de Ostuacán, en el departamento de Pichucalco. Las tropas de Cal y Mayor ingresaron a este pueblo en los últimos días de enero de 1917 y permanecieron en él por lo menos hasta octubre de ese año. De acuerdo con el informe del presidente municipal, los zapatistas no

³³ AHECH, *Sección de guerra*, tomo III, expedientes 12-28, circular no. 11 de la jefatura de operaciones militares del estado, Tuxtla Gutiérrez, 27 de septiembre de 1917.

³⁴ AHECH, *Sección de guerra*, tomo III, expedientes 12-28, Circular No. 28 del departamento del Estado Mayor de la Secretaría de Guerra y Marina, 1917.

³⁵ AHECH, *Sección de guerra*, tomo III, expedientes 12-28, respuesta de los presidentes municipales de Solosuchiapa, Copainalá y Ostuacán a la circular No. 28 el departamento del Estado Mayor de la Secretaría de Guerra y Marina, enero de 1918.

habían controlado el ayuntamiento y los funcionarios locales lograron continuar con sus funciones, aunque con mucha dificultad.³⁶

Desde mediados de 1917, la animadversión hacia las tropas zapatistas había crecido en ambos departamentos. Las autoridades locales estaban dispuestas a combatir a los rebeldes, pero requerían el apoyo del gobierno estatal. Por ello, aprovecharon el triunfo que obtuvo el gobernador Blas Corral sobre fuerzas mapaches en la capital del estado para hacerle llegar amplias muestras de fidelidad a la vez que expresaron su rechazo hacia el villismo y el zapatismo. El presidente municipal de Pantepec, por ejemplo, escribió una carta al gobernador para manifestarle que ya tenía noticia de “su triunfo sobre las chusmas villistas y zapatistas [...] y de sus buenos proyectos para el engrandecimiento y bienestar de nuestro querido estado” y que “jamás este pueblo ha dejado de tener plena confianza en el triunfo de nuestra justa y honrosa causa y [...] estamos dispuestos a defender en la forma que sea necesaria a nuestro gobierno que usted dignamente encabeza.”³⁷ El mismo reconocimiento hicieron los presidentes de Tapalapa y Tapilula y aprovecharon también para reiterar su adhesión al constitucionalismo.³⁸ En la cabecera del departamento, en Copainalá, los habitantes no sólo reconocieron el triunfo de Blas Corral, sino que organizaron diversos festejos para celebrarlo.³⁹

A principios de octubre de ese año, las tropas de Cal y Mayor iniciaron una ofensiva para intentar controlar Copainalá, la cabecera del departamento de Mezcalapa. Primero lograron tomar la plaza de Tecpatán, pueblo contiguo a Copainalá. La invasión se realizó sin mayor problema porque el gobierno de Corral aún no había enviado refuerzos militares a la cabecera del departamento y menos aún a Tecpatán.⁴⁰

³⁶ AHECH, *Sección de guerra*, tomo I, expedientes 1-4, del presidente municipal de Ostuacán al secretario de gobierno, Oxtuacán 8 de octubre de 1917.

³⁷ AHECH, *Sección de guerra*, tomo II, expedientes 12-28, de Miguel García al gobernador, Pantepec, 14 de agosto de 1917.

³⁸ AHECH, *Sección de guerra*, tomo II, expedientes 12-28, del presidente municipal de Tapalapa al gobernador, Tapalapa, 14 de agosto de 1917 y AHECH, *Sección de guerra*, tomo II, expedientes 12-28, Del presidente municipal de Tapilula al gobernador, Tapilula, 13 de agosto de 1917.

³⁹ AHECH, *Sección de guerra*, tomo III, expedientes 29-120, de Constancio Pérez, presidente municipal de Coapilla al gobernador del estado, Copainalá, 16 de agosto de 1917.

⁴⁰ AHECH, *Sección de guerra*, tomo II, expedientes 12-28, del subteniente Cristóbal Coutiño, jefe del departamento de Copainalá, a Blas Corral, Copainalá, 31 de octubre de 1917.

Los días transcurrían y la amenaza de una posible invasión a Copainalá crecía día con día. Después de la invasión a Tecpatán, era lógico suponer que los zapatistas avanzarían a la cabecera del departamento, por lo que las autoridades locales comenzaron a organizar guardias permanentes compuestas por voluntarios del pueblo. Por su parte, el gobernador Corral había tomado la iniciativa de formar un batallón regional para defender a los habitantes del departamento, pero ni campesinos ni pequeños y medianos propietarios acudieron al llamado. Como veremos más adelante, más que enfrentarse directamente con los rebeldes, la mayor parte de la población campesina prefirió huir a las montañas o a lugares alejados para resistir la presencia de los rebeldes en sus pueblos.⁴¹

A principios de noviembre, las fuerzas de Cal y Mayor lograron controlar finalmente la plaza de Copainalá. El dos de noviembre, en la ribera San Antonio, una comisión exploradora de voluntarios había tenido un encuentro con un grupo de 70 a 80 zapatistas al mando del general Fernando Villar.⁴² Al día siguiente más de 100 zapatistas, encabezados por Simbrano Maza, avanzaron sobre la plaza. La milicia local y algunos voluntarios del pueblo sostuvieron un combate con los rebeldes, pero la superioridad numérica de éstos y el escaso número de armas de la milicia local terminaron por darle el triunfo a los zapatistas.⁴³ El 4 de noviembre las fuerzas de Cal y Mayor festejaron en grande su triunfo; para ese día se habían integrado otros 200 hombres al destacamento inicial.⁴⁴

En la primavera de 1918, las fuerzas constitucionalistas lograron reestablecer el orden en Copainalá, pero los zapatistas planeaban realizar nuevas acciones. Alarmados por la presencia de rebeldes cerca de la cabecera, un grupo de habitantes del pueblo se dirigió al ayuntamiento

⁴¹ AHECH, *Sección de guerra*, tomo II, expedientes 12-28, del subteniente Cristóbal Coutiño a Blas Corral, Copainalá, 12 de octubre de 1917.

⁴² AHECH, *Sección de guerra*, tomo II, expedientes 12-28, del subteniente Cristóbal Coutiño a Blas Corral, Copainalá, 2 de noviembre de 1917.

⁴³ AHECH, *Sección de guerra*, tomo II, expedientes 12-28, del subteniente Cristóbal Coutiño a Blas Corral, Copainalá, 3 de noviembre de 1917.

⁴⁴ AHECH, *Sección de guerra*, tomo II, expedientes 12-28, del presidente municipal de Copainalá al secretario de gobierno, Copainalá, 4 de noviembre de 1917.

para solicitar que se tomaran medidas urgentes con el fin de evitar una nueva incursión. A su vez, el presidente municipal solicitó al gobernador el envío urgente de un destacamento. Argumentaba que el grupo de voluntarios estaba mal armado, que carecía de entrenamiento militar y que no estaba dispuesto a continuar proporcionando sus servicios de forma gratuita. Pero sobre todo el presidente refería la falta absoluta de armas y pertrechos de guerra.⁴⁵ Las autoridades de Tecpatán y vecinos del pueblo también temían una nueva invasión por lo que decidieron organizar un destacamento de 25 voluntarios.⁴⁶

En el mes de mayo, el gobierno de Corral por fin dispuso el envío de un destacamento militar a Copainalá. A partir de entonces tanto las autoridades como la población civil disfrutaron de mayor tranquilidad, pero el dominio que el jefe militar de la guarnición intentó ejercer sobre los asuntos del pueblo generaron serios conflictos. En Tecpatán, las autoridades locales estaban acostumbradas a gozar de autonomía y manifestaron su enojo cuando el comandante Carlos Sánchez, a cuyo mando estaba la guarnición, dio órdenes a la población para que no respetara la autoridad del presidente municipal. El jefe militar había prohibido también que los campesinos salieran a realizar sus labores de campo, había impuesto nuevas contribuciones a los vecinos y ponía obstáculos para que las guardias voluntarias participaran en la vigilancia del pueblo.⁴⁷ Aunque el comandante Carlos Sánchez envió una carta al secretario de gobierno para solicitar que su autoridad fuera respetada y que él a cambio no influiría en los acuerdos de las autoridades locales, los conflictos entre las autoridades locales y el jefe militar continuaron durante el siguiente mes. La tensión aumentó a tal grado que el comandante llegó a amenazar con fusilar a todo los miembros el cabildo.⁴⁸

⁴⁵ AHECH, *Sección de guerra*, tomo V, expedientes 55-94, del presidente municipal de Copainalá al gobernador, Copainalá, 2 de abril de 1918.

⁴⁶ AHECH, *Sección de guerra*, tomo V, expedientes 55-94, del presidente municipal de Tecpatán, Silvano F. Velasco al gobernador, Tecpatán, 12 de abril de 1918.

⁴⁷ AHECH, *Sección de guerra*, tomo V, expedientes 55-94, del presidente municipal de Tecpatán al secretario de gobierno, Tecpatán, 7 de mayo de 1918.

⁴⁸ AHECH, *Sección de guerra*, tomo V, expedientes 55-94, del presidente municipal de Tecpatán al secretario de gobierno, Tecpatán, 22 de junio de 1918.

Más guerra, más violencia civil

Los refuerzos militares enviados por el gobierno de Blas Corral a Copainalá en mayo de 1918 no fueron suficientes para enfrentar los ataques zapatistas que tuvieron lugar en varios pueblos del departamento durante los siguientes meses. Las fuerzas de Cal y Mayor conocían cada vez mejor el territorio y estaban conscientes de la debilidad de las tropas constitucionalistas por lo que lograron, sin mayores problemas, ejercer su dominio en varias poblaciones. Los vecinos de Copainalá eran los que guardaban mayores temores sobre una nueva invasión por lo que decidieron organizar una nueva guarnición de voluntarios compuesta por 25 hombres. Probablemente para entonces las autoridades locales habían llegado a un acuerdo con el jefe del destacamento militar para contribuir en la vigilancia del pueblo. Como carecían de armas, solicitaron al gobierno constitucionalista rifles y demás pertrechos de guerra.⁴⁹ Sin embargo, las fuerzas de Cal y Mayor no atacaron la cabecera del departamento, sino que se dirigieron al pueblo de Pantepec. A finales de mayo, cuando el presidente municipal y el sargento regional Miguel Hidalgo García se encontraban fuera del pueblo, un grupo de 50 zapatistas encabezados por Ramón Ramos logró ingresar y apoderarse de Pantepec.⁵⁰ Los días posteriores a la invasión, durante los cuales el presidente municipal y el sargento Hidalgo fueron asesinados, la defensa del lugar se dificultó porque pueblos cercanos como Ixhuatán habían sido invadidos por una plaga de chapulín que hacía imposible el envío de refuerzos.⁵¹

Una vez controlado Pantepec, las tropas de Cal y Mayor continuaron avanzando hacia la cabecera del departamento de Mezcalapa hasta que en los últimos días de mayo lograron nuevamente controlarla. A diferencia de las veces anteriores, en esta ocasión se puso en evidencia el carácter violento de los ataques zapatistas, el mismo que caracterizó al

⁴⁹ AHECH, *Sección de guerra*, tomo V, expedientes 55-94, del presidente municipal de Copainalá al secretario de gobierno, Copainalá, 17 de mayo de 1918.

⁵⁰ AHECH, *Sección de guerra*, tomo V, expedientes 55-94, del presidente municipal de Copainalá al secretario de gobierno Copainalá, 22 de mayo e 1918.

⁵¹ AHECH, *Sección de guerra*, tomo V, expedientes 55-94, del presidente municipal de Ixhuatán, Ranulfo López, al secretario de gobierno, Ixhuatán, 24 e mayo e 1918.

movimiento zapatista en los estados el centro-sur del país. Esta violencia, que no sólo se ejercía en contra de autoridades e instituciones sino también en contra de la población civil, se explica, en parte, porque a diferencia de los villistas del norte del país cuyos recursos para armas y pertrechos de guerra provenían de las expropiaciones masivas que realizaba Villa, los zapatistas carecían de una estrategia de esa naturaleza y dependían mucho más de la población civil para el sostenimiento de la revolución. Por ello fueron muy frecuentes los saqueos de casas, ranchos y haciendas de donde los rebeldes no sólo obtenían víveres sino también dinero y armas. La violencia de los zapatistas, como también la de los villistas del norte, era también resultado de la acumulación de resentimientos y agravios que en momentos de guerra, como los que se vivían en todo el país, afloraban en toda su magnitud.

La violencia que en adelante caracterizó a los ataques zapatistas fue denunciada por el presidente municipal de Copainalá durante la última invasión. Refirió los actos cometidos por los rebeldes como una verdadera “hecatombe”, “Nos concretamos a manifestar”, decía en una carta al gobernador, “el cuadro conmovedor de las depredaciones cometidas por aquellos seres degenerados que sólo tienen por divisa la destrucción, presentando este lugar un aspecto lóbrego, por encontrarse la mayor parte de sus moradores fuera de él.”⁵²

Los zapatistas realizaban verdaderos destrozos materiales y humanos en los pueblos por los que pasaban. Saqueaban casas y negocios, robaban comida, animales y dinero y quienes se resistían a colaborar simplemente eran asesinados. A las mujeres las violaban, y a los hombres se les forzaba a integrarse a las filas zapatistas para convertirse en cargadores y transportar todo lo que los rebeldes robaban para abastecer sus campamentos. Frente a ello, los pobladores de la región tuvieron sólo dos opciones: permanecer en los pueblos y hacer frente a los rebeldes o huir a las montañas y permanecer en ellas el tiempo que fuera necesario. Al parecer fueron muy pocos los pobladores que decidieron permanecer en las localidades para enfrentar a la fuerza de Cal y

⁵² AHECH, *Sección de guerra*, tomo V, expedientes 55-94, del presidente municipal de Copainalá al gobernador, Copainalá, 1 de junio de 1918.

Mayor; la mayoría optó por huir a las montañas o a lugares menos amenazados por los ataques rebeldes. De hecho, en pueblos como Copainalá, hoy día los campesinos recuerdan los años de la revolución de Cal y Mayor como el tiempo de la “huyenda”, el tiempo en que tuvieron que abandonar sus casas para ir a vivir lejos de sus pueblos, a las montañas y a las cuevas, en donde permanecían durante semanas o meses enteros, sin poder cosechar y comiendo sólo lo que la montaña les ofrecía.

Los zapatistas vinieron con ciertos pretextos, pero de una manera abusiva. Había muchas personas que sufrieron: un señor que era de Tuxtla tenía su tiendita, y la saqueaban. Robaban a la gente que tenía dinero y a algunos los llevaban a Malpaso, en el Pozo Colorado. Los explotaban ahí, les quitaban todo. A los comerciantes, no sé si porque se oponían, por eso los trataban muy duro. Los campesinos no se unieron a los zapatistas, sólo hacían desastres. Robaban, se llevaban a las mujeres, eran abusivos. Si la gente se resistía, los ahorcaban. Muchos fueron guindados, a veces por sacarles el dinero, y por resistirse los dejaban ahorcados. Algunos eran reclutados para el ejército y para ir a la revolución. La gente tenía temor porque en cualquier rato llegaban los enemigos. En esos años la gente perdió mucho tiempo, todos estaban atemorizados, sólo estaban pendientes para huir. Había tiroteos por todas partes.⁵³

Durante el tiempo de la revolución mucha gente huyó. Se iban a Tecpatán, a Coapilla o las cuevas, allá en el monte. No sólo se huía uno, se huían todos. A esa época le decían de la huyenda.⁵⁴

Desolación, muerte y hambre eran los principales efectos que producía el paso de las tropas zapatistas por los departamentos de Mezcalapa y Pichucalco y son también algunos de los factores que explican la drástica disminución demográfica que se presentó en la región durante la segunda década del siglo XX, además de la epidemia de influenza que

⁵³ Cirilo Meza, campesino de Copainalá, 73 años.

⁵⁴ Adelaido García, campesino y ex-agente municipal de Copainalá en la década de 1930, Zacalapa, Copainalá, 79 años.

tuvo lugar por esos años y de posibles hambrunas producidas por plagas de langosta como la ya mencionada, que invadió a Ixhucatán en 1918. La muerte que trajo consigo la influenza o “gripa española”, así como las dificultades por las que atravesaron quienes vivieron durante la revolución de 1916, son momentos de la historia de Copainalá y también de la otros pueblos de la región, que los campesinos hoy en día recuerdan como tiempos de calamidad y desolación

Durante los años de la guerra, se escaseó el maíz y el frijol. En una jicarita se repartían el maíz, se iban lejos a conseguirlo. La gente no podía trabajar porque tenía miedo. También hubo mucha muerte en esos tiempos por la epidemia de influenza, murió mucha gente. Me platicaba mi papá que en la madrugada recogían a un muerto y en la mañana ya estaban recogiendo a otro. No acababan de enterrar a uno cuando ya estaba muerto otro.⁵⁵

En ese tiempo también vino una fiebre española, fue en 1918, era una calentura que pegaba muy fuerte. En cada casa había matas de té limón y para curarse la gripa le echaban aguardiente y con eso se la quitaban, pero cuando vino esa fiebre comenzaron a cocer el té de limón con trago y no se curaron, sino que comenzaron a morir. Caía uno en una casa, y luego toda la familia caía, y por eso muchas casas quedaron cerradas, el pueblo quedó vacío.⁵⁶

El rechazo de los campesinos del departamento de Mezcalapa y también, como veremos más adelante, de los pobladores de Pichucalco hacia la revolución zapatista era resultado, en buena medida, de la violencia que los rebeldes ejercían en cada una de sus incursiones a los pueblos. Quizá el uso de medios distintos por parte de los revolucionarios pero, sobre todo, la comprensión de problemáticas agrarias diferentes a las suyas –como la de los campesinos arrendatarios o la de los campesinos con tierra pero forzados a convertirse en peones endeudados– habrían generado al menos la complicidad de los campesinos de la región e in-

⁵⁵ Cirilo Meza, campesino de Copainalá, 73 años.

⁵⁶ Artemio Pérez, campesino de Coapilla, 83 años.

cluso muchos de ellos, los que vivían en condiciones más difíciles, se habrían sumado al movimiento revolucionario.

La huida hacia las montañas, el refugio en las cuevas o la migración a otros pueblos menos amenazados por las incursiones zapatistas, fueron las formas más comunes que los pobladores de Copainalá emplearon para resistir los ataques zapatistas. En ciertos casos, como hemos visto, también decidieron integrarse de forma voluntaria a las guardias civiles o a los destacamentos militares que organizaba el gobierno constitucionalista, aunque lo más frecuente fue el ingreso obligatorio al ejército. A pesar de ello, y en la medida en que dentro de la milicia lograban obtener cargos de importancia, muchos campesinos terminaban por confirmar su fidelidad al gobierno carrancista. Después de todo, había sido ese gobierno el que había decretado la libertad de los mozos y el que luchaba por repartir las tierras.

El año de 1918 fue especialmente difícil para los habitantes de la región, las fuerzas zapatistas incursionaron en varios municipios y realizaron nuevos actos de vandalismo. En la primavera de ese año, además de haber ingresado a la cabecera del departamento de Mezcaltlán y al pueblo de Pantepec, los rebeldes invadieron nuevamente al pueblo de Ostucán, perteneciente al departamento de Pichucalco, en donde dieron muerte al presidente municipal, Máximo Mendoza, y a su secretario.⁵⁷ El 25 de junio de ese año, después de varias incursiones y de reñidos combates con las tropas carrancistas, las fuerzas de Cal y Mayor lograron establecer nuevamente su dominio en la cabecera del departamento. Ante los abusos y nuevos actos de violencia que realizaron en el pueblo, vecinos y autoridades locales solicitaron al gobierno de Corral el envío urgente de refuerzos militares para garantizar la vida de los pobladores y defenderse –decía el presidente municipal en su carta– “de las depredaciones y latrocinios que las hordas zapatistas acaban de cometer en esta cabecera, como seres enteramente degenerados y avezados a una intermitencia criminal”. En esa ocasión las tropas de Cal y Mayor, conformadas por 200 hombres, habían saqueado e incendiado casas particulares, así como las oficinas de la jefatura política y los juzgados mixto

⁵⁷ AHECH, *Sección de guerra*, tomo III, expedientes 21-54, del jefe del departamento de Pichucalco a la secretaría general de gobierno, Ostucán, 4 de junio de 1918.

y de lo civil.⁵⁸ Ese mismo día, el 25 de junio, cuando el comandante del destacamento que cuidaba la seguridad de todo el departamento se encontraba en Chicoasén, 150 zapatistas lograron invadir Tecpatán. En esa incursión, que las tropas de Cal y Mayor realizaron a pesar de los esfuerzos de la guarnición de voluntarios para impedirlo, los rebeldes cometieron toda clase de robos y se llevaron a varias familias para sus campamentos.⁵⁹ De regreso para las colonias zapatistas de Malpaso, los revolucionarios pasaron por el pueblo de Coapilla en donde un grupo de 40 hombres al mando de Vicente Montesinos ordenó quemar cuatro casas del rancho San Pedro. Ante los destrozos y el temor de ser agredidos, gran parte de los pobladores decidió huir a las montañas.⁶⁰

Como en Copainalá, los pobladores de Tecpatán también recuerdan los años de la revolución zapatista como el tiempo de la “huyenda”, cuando la población tuvo que abandonar el pueblo para refugiarse en las montañas. En su memoria también permanece el recuerdo de quienes fueron forzados a ingresar a los destacamentos carrancistas pero también de quienes fueron obligados por las fuerzas zapatistas para servir como cargadores o realizar trabajos agrícolas en los campamentos rebeldes. A diferencia de Copainalá, sin embargo, algunos campesinos de Tecpatán tienen muy presente que algunos pobladores se unieron voluntariamente a los zapatistas. Los propios pobladores de Copainalá recuerdan cómo los campesinos de su pueblo no se unieron a las filas rebeldes pero “de otras partes sí se unieron porque les ofrecían tierra.”⁶¹ En el caso de Tecpatán, los campesinos que se incorporaron a las filas rebeldes fueron seguramente trabajadores endeudados que salieron libres de las fincas en 1914, con la Ley de Obreros, pero que no lograron obtener un pedazo de tierra o que no vieron mayores expectativas de vida fuera de la finca. Así lo sugieren algunos testimonios de campesinos de ese lugar quienes, además, y a diferencia de campesinos

⁵⁸ AHECH, *Sección de guerra*, tomo V, expedientes 55-94, del presidente municipal de Copainalá a la secretaría general de gobierno, 6 de junio de 1918

⁵⁹ AHECH, *Sección de guerra*, tomo V, expedientes 55-94, del presidente municipal de Tecpatán, Indalecio Méndez, al secretario general de gobierno, Tecpatán, 30 de junio de 1918

⁶⁰ AHECH, *Sección de guerra*, tomo V, expedientes 55-94, del presidente municipal de Coapilla, Marcelino Estrada, al gobernador, Coapilla, 28 de junio de 1918.

⁶¹ Cirilo Meza, campesino de Copainalá, 73 años.

de otros pueblos de la región, tienen una clara conciencia de los objetivos que perseguía la lucha zapatista.

En esos tiempos pasaron por aquí los zapatistas. Ellos andaban buscando libertades para los que estaban sometidos con Porfirio Díaz. Entraban allá por las ruinas, el mero jefe se llamaba Cal y Mayor, él vino a matar a los ricos, a liberar a la pobretada y a repartir las tierras. Aquí venían y en el cerro que le dicen del Gallo, de donde se miraba para todos lados, se ponían lo vigías de los zapatistas. Ellos luchaban contra los carrancistas que eran de los ricos, los zapatistas eran de la pobretada y los felicistas eran puro ladrón.

Los zapatistas agarraron a don Juan, lo agarraron en su finca. Me contó mi papá que los ponían en filas y les decían a los mozos:

–¿Cómo los trató?

– Pues mire cómo estamos decían los mozos llorando-- sin ropa y sin nada.

– Si es así --dijeron los zapatistas-- lo vamos a colgar.

Entonces lo agarraron y le rebanaron las plantas de los pies y así se lo llevaron andando hasta Tuxtla. Contaba mi papá que a todos los ricos los guindaban. Los que venían con él comían todo lo que se encontraban, ganado, todo:

– ¡Coman! -- decía Cal y Mayor-- porque es de su trabajo, los chingó Porfirio Díaz, ahora coman todo lo que quieran.

De aquí se fue mucha gente con los zapatistas, Beto Vázquez, Chano Culebro y otros muchos. Decían que los ricos formaron su gente, los vigías, para velar a los zapatistas. Ya cuando se encontraban echaban tiros, ahí por el río hubo muchos tiros, se echaban pecho a tierra y echaban bala. De la gente de Cal y Mayor no moría nadie, apuntaban bien y era tiro seguro. Le decían a la gente que mataran a los ricos porque Porfirio Díaz ya los había explotado. También chicoteaban a la gente, a los niños los ponían a desgranar maíz, las mujeres tenían que echar machete y hacer la comida.

Los carrancistas se llevaban a fuerza a la gente, pero triunfaron los zapatistas y ya la gente quedó libre de los ricos. Muchos mozos lloraron por el patrón, era un sufrimiento grande que tenían, les de-

cían que agarraran su rumbo, algunos se iban, pero otros mejor se unieron con los zapatistas. Mi papá estuvo 12 años en la guerra, fue zapatista y llegó hasta Pozo Colorado y allá triunfó.⁶²

Muchos campesinos de Tecpatán, sin embargo, recuerdan a los rebeldes zapatistas no como un grupo de revolucionarios que luchaban por una causa legítima, sino como un grupo de rebeldes que habían olvidado sus propósitos y se habían convertido en una gavilla de asaltantes. Como en Copainalá, los campesinos optaron por resistir los ataques rebeldes en las montañas, muchos fueron forzados a ingresar al ejército constitucionalista y algunos se incorporaron voluntariamente.

Según la historia que contaba mi papá, llegaban los soldados a Tecpatán. Todo el pueblo huía, se escapaban porque los soldados de Zapata hacían mucho estrago, llevaban a los hombres de cargadores y a las mujeres de cocineras. Venían con hambre, de coraje quemaban las casas y agarraban todo lo que encontraban de comer. Los días que estaban en el pueblo hacían su comida, mataban animales y comían. Todos en el pueblo tenían miedo. Los mozos no sabían nada. Algunos voluntarios fueron a apoyar al gobierno y algunos otros se pusieron de parte de los zapatistas. Pero los zapatistas también agarraban a la gente por la fuerza, si no eran cargadores entonces hablaban y pedían su arma. La ley de Zapata era buena, pero los de Cal y Mayor no eran buenos porque hacían puro destrozo. Por acá estuvo su campamento arriba de Malpaso en un lugar que se llama Pozo Colorado.⁶³

Los zapatistas tenían tres campamentos. Hubieron algunos que se unieron a ellos, fueron poquitos, la mayoría de la gente se fue a los peñascos a vivir. Allá no podían hacer humo porque los podían buscar, era un gran problema. Al convento lo cañearon, dejaron unos grandes hoyos, porque pensaban que había dinero, lo saquearon pensando que iban a encontrar dinero.⁶⁴

⁶² Teodomiro Hernández Gómez, campesino de la Colonia Luis Espinosa, Tecpatán, 68 años.

⁶³ Ignacio Gómez Aguilar, campesino de la colonia Luis Espinosa, Tecpatán, 81 años.

⁶⁴ Roberto Velasco Gómez, campesino de Tecpatán, 86 años.

Hacia principio de 1919, el gobierno de Blas Corral comenzó a organizar una compañía militar más efectiva en contra de las fuerzas de Cal y Mayor. A falta de refuerzos de otros lugares, las autoridades militares habían decidido organizar destacamentos integrados exclusivamente con pobladores de la región. En Tecpatán, un grupo de 35 hombres, además de vigilar al pueblo en lugares estratégicos, comenzó a recibir diariamente adiestramiento en el manejo de armas. Las cosas se complicaron cuando el servicio militar impidió que los campesinos realizaran sus labores agrícolas, y entonces las autoridades temieron una escasez de granos, no sólo porque los hombres del servicio militar estaban descuidando las labores agrícolas, sino también por todos los campesinos que habían abandonado sus cosechas para irse a refugiar a las montañas. Para remediar la problemática, el presidente municipal en turno pidió autorización al gobierno de Corral para que los campesinos que proporcionaban el servicio militar dedicaran parte del día también a las actividades agrícolas.⁶⁵ Para la construcción de fortines en sitios estratégicos de Tecpatán y la reparación de un puente que se había destruido durante los enfrentamientos con los rebeldes, y dado que ya no había hombres disponibles en Tecpatán, el comandante del departamento de Mezcalapa tuvo que solicitar a las autoridades de Copainalá y de Coapilla 20 hombres respectivamente para atender tales actividades.⁶⁶

Hasta este momento las fuerzas zapatistas no habían logrado instaurar un dominio real en los departamentos de Mezcalapa y de Pichucalco. Los pueblos de Tecpatán y Copainalá habían sido los más hostigados, pero en ninguno de ellos los rebeldes habían logrado permanecer durante mucho tiempo. En Pantepec y Ostucán las tropas de Cal y Mayor habían dado muerte a las autoridades locales, pero tampoco habían logrado controlar por mucho tiempo las presidencias municipales. En general, las acciones de los zapatistas se habían reducido al robo de víveres, animales y dinero así como al reclutamiento forzoso de campesinos para el trabajo en los campamentos rebeldes. Excepto

⁶⁵ AHECH, *Sección de guerra*, tomo IV, expedientes 24-71, del presidente municipal de Tecpatán, Avelino Álvarez, a la secretaría de gobierno, Tecpatán, 1 de abril de 1919.

⁶⁶ AHECH, *Sección de guerra*, tomo IV, expedientes 24-71, del capitán de operaciones militares del departamento de Copainalá a la Secretaría general de gobierno, Tecpatán, 5 de abril de 1919.

algunos pobladores de Tecpatán, Coapilla y Chapultenengo⁶⁷ que se habían adherido a las filas zapatistas, el grueso de la población permaneció al margen del movimiento, siendo éste, quizá, el principal obstáculo que enfrentaron los rebeldes para ejercer su dominio en la región. Además, por esos años, el movimiento zapatista del centro-sur del país no había logrado, a excepción de Chiapas, extenderse más allá del estado de Morelos y algunas regiones adyacentes, y la falta de una estrategia militar efectiva –como la de los villistas en el norte– los había hecho dependientes de la población civil y les impedía enviar ayuda militar a tropas rebeldes como las que comandaba Cal y Mayor en Chiapas. En estas circunstancias, la idea de levantar al pueblo de Chiapas a favor del Plan de Ayala, tal como se lo había propuesto Cal y Mayor en un inicio, resultaba sumamente difícil.

En junio de 1919, mientras en Tecpatán y Copainalá, las autoridades locales realizaban preparativos para la defensa de la población, las fuerzas de Cal y Mayor comenzaron a incursionar en diferentes pueblos de la sierra de Tapalapa. En los primeros días de ese mes, los rebeldes ingresaron a Magdalena –hoy Francisco León– en donde dieron muerte al presidente municipal y al juez civil y lograron apoderarse del pueblo por varios meses. El control que los zapatistas lograron ejercer sobre Magdalena se vio facilitado por la tardanza con la que el gobierno estatal envió destacamentos militares dada la lejanía de ese pueblo con respecto a la cabecera del departamento y la difícil geografía de la sierra de Tapalapa. Por otra parte, una vez que Carranza había hecho saber que para 1920 Chiapas tendría un gobierno civil y no militar, las autoridades estatales estaban más preocupadas por las campañas políticas para competir en las elecciones de finales de 1919, que en la campaña militar en contra de los zapatistas, un enemigo por demás menos peligroso que los finqueros mapaches.⁶⁸ Las consecuencias de la tardanza en el envío de refuerzos mi-

⁶⁷ En enero de 1919 la penitenciaría de la ciudad de México remitió al gobernador del estado la defensa de un campesino de Chapultenango que había sido acusado de participar en la rebelión zapatista. En su defensa, el acusado aclaraba que quien se había incorporado voluntariamente a las filas zapatistas había sido su cuñado, Edmundo Osorio, y que por esa razón las autoridades locales pensaron que él también tenía vínculos con los rebeldes. AHECH, *Sección de guerra*, tomo IV, expedientes 24-71, de la Penitenciaría del Distrito Federal al gobernador del estado, México, 18 de enero de 1919.

⁶⁸ Thomas Benjamin, *El camino a Leviatán*.. op. cit., pp. 198-202.

litares por parte del gobierno constitucionalista fueron desastrosas para los pobladores de Magdalena. Desde los primeros días de la invasión, la falta de garantías para su permanencia en el poblado había obligado a buena parte de los pobladores a huir a las montañas o a poblados aledaños. Por más peticiones que los concejales del ayuntamiento realizaron al jefe de operaciones militares, el envío de un destacamento para combatir a los rebeldes tuvo que esperar varios meses.⁶⁹ A finales de junio, parte de los pobladores de Magdalena se encontraban en las montañas, algunas familias habían emigrado a Chapultenango, y otra parte de la población permanecía en el pueblo decidida a evitar que los zapatistas destruyeran sus casas y sus pertenencias.⁷⁰

Atemorizados por la facilidad con la que las tropas de Cal y Mayor habían controlado Magdalena, las autoridades de pueblos cercanos como Ocotepéc comenzaron también a solicitar, con urgencia y directamente al gobernador, el envío de un destacamento. La gente del pueblo –escribía alarmado el presidente municipal– “está ya desconsolada, todos se quieren separar, lo mismo que yo (...) si nos hace favor de enviarnos fuerzas porque las tropas de la cabecera de Mezcalapa no hacen caso de perseguirlos.”⁷¹ Para principios de julio, cuando las autoridades estatales anunciaron el envío de una guarnición militar a Magdalena, otras 40 familias de este pueblo habían emigrado hacia Pichucalco.⁷² Los refuerzos no llegaban, y el temor de una invasión rebelde se extendió hasta el pueblo de Ixhuatán en donde un grupo de pobladores pidió al gobernador el envío de ayuda militar a la región, en particular un destacamento de 50 hombres para proteger tanto al pueblo de Ixhuatán como al de Tapilula.⁷³

⁶⁹ AHECH, *Sección de guerra*, tomo IV, expedientes 24-71, de los concejales del ayuntamiento de Magdalena al gobernador, Copainalá, 2 de junio de 1919.

⁷⁰ AHECH, *Sección de guerra*, tomo IV, expedientes 24-71, del presidente municipal de Chapultenango, Jerónimo Castro, al gobernador, Chapultenango, 30 de junio de 1919.

⁷¹ AHECH, *Sección de guerra*, tomo IV, expedientes 24-71, del presidente municipal de Ocotepéc al gobernador del estado, Ocotepéc, 14 de junio de 1919.

⁷² AHECH, *Sección de guerra*, tomo IV, expedientes 24-71, del presidente municipal de Pichucalco al secretario general de gobierno, Pichucalco, 3 de julio de 1919.

⁷³ AHECH, *Sección de guerra*, tomo IV, expedientes 24-71, de ciudadanos de Ixhuatán al jefe de operaciones militares del estado, Ixhuatán, 12 de diciembre de 1919.

Durante los últimos días de septiembre, las tropas de Cal y Mayor lograron ingresar a la cabecera del departamento de Pichucalco. Sin embargo, y a pesar de que incendiaron los archivos municipales del pueblo y ocuparon el ayuntamiento, la estancia de los rebeldes en el poblado no fue muy prolongada.⁷⁴

Como Copainalá, Pichucalco era cabecera de departamento y la escasa ayuda militar que envió el gobierno tanto al departamento de Mezcalapa como al de Pichucalco debió ser aprovechada principalmente por esos dos centros políticos y administrativos. Por otra parte, es probable que el intento que realizaron los zapatistas para controlar la cabecera del departamento de Pichucalco se debió al fracaso que habían enfrentado unos meses antes al pretender tomar de nuevo Copainalá, cuyo dominio, al igual que el de Pichucalco, era necesario para el control de ambos departamentos.⁷⁵

Entre junio y octubre de 1919, la cabecera del departamento de Mezcalapa y los pueblos aledaños no sufrieron ninguna incursión rebelde, pero los conflictos que se presentaron entre las autoridades locales y los jefes de las guarniciones militares de Copainalá y Tecpatán evidenciaron nuevamente la importancia que los habitantes de la región otorgaban al control sobre sus asuntos internos. En Copainalá, si bien los funcionarios civiles habían colaborado con el gobierno constitucionalista para combatir a los zapatistas, no estaban dispuestos a perder la autonomía con la que conducían su vida política, sobre todo porque ésta les garantizaba --además de la posibilidad de proporcionar contribuciones y servicios personales justos-- la seguridad de elegir autoridades locales efectivas en su papel de mediación entre la población y el gobierno estatal. En junio de 1919, en este lugar, los conflictos que desde tiempo atrás existían entre las autoridades locales y el jefe de la guarnición militar, el capitán Ángel Labastida, se manifestaron de forma violenta. El jefe militar había amenazado de muerte a los miembros del ayuntamiento y éstos, atemorizados, habían huido a la capital del estado. Ahí, las autoridades civiles se presentaron ante funcionarios

⁷⁴ AHECH, *Sección de guerra*, tomo IV, expedientes 24-71, del presidente municipal de Pichucalco al gobernador, Pichucalco, 23 de septiembre de 1919.

⁷⁵ AHECH, *Sección de guerra*, tomo IV, expedientes 24-71, de presidente municipal de Tecpatán al gobernador, Tecpatán, 5 de junio de 1919.

estatales y declararon que el jefe militar cometía frecuentes abusos en contra de las autoridades y de la población en general, y que no estaban dispuestos a continuar al mando del ayuntamiento en esas condiciones. Tal vez para impedir una protesta generalizada y para calmar los ánimos de las autoridades municipales, el secretario de gobierno resolvió, en esa ocasión, relevar de su cargo al capitán Labastida y se comprometió a realizar una investigación sobre los atropellos que había cometido.⁷⁶ Meses después, en el pueblo de Tecpatán, se registraron también diversas disputas entre los miembros del cabildo y las autoridades militares. En agosto de 1919, el presidente municipal de este lugar denunció ante las autoridades estatales que el jefe de la guarnición militar exigía el ingreso de un mayor número de ciudadanos a la milicia cuando ello implicaba poner en riesgo las labores del campo. “Creo de mi deber – argumentaba el funcionario– tener acción en el ayuntamiento que presido, que puedo disponer de los de mi jurisdicción como queda dicho según la ley del municipio libre, se debe respetar y la respetaremos.”⁷⁷

Los últimos desencuentros

Con su adhesión al movimiento de Agua Prieta, a principios de 1920, Fernández Ruiz, el jefe del movimiento mapache, logró que el presidente Adolfo de la Huerta lo nombrara jefe de operaciones militares en el estado y que designara a Francisco Ruiz, su lugarteniente, como gobernador interino de Chiapas. Entre 1920 y 1924, el gobierno mapache puso en marcha políticas favorables a la clase terrateniente, en particular aquellas que beneficiaron a quienes participaron en la rebelión anticonstitucionalista. Para las fuerzas de Cal y Mayor, el triunfo del movimiento mapache no alteró el escenario político del estado. Sabían, de antemano que los finqueros representaban los intereses de su propia clase y que por tanto la lucha zapatista debía continuar. Al parecer, sin embargo, el asesinato de Emiliano Zapata en abril de 1919, así como la

⁷⁶ AHECH, *Sección de guerra*, tomo IV, expedientes 24-71, de presidente municipal de Copainalá al secretario de gobierno, Tuxtla Gutiérrez, 13 de junio de 1919.

⁷⁷ AHECH, *Sección de guerra*, tomo IV, expedientes 24-71, del presidente municipal de Tecpatán al secretario de gobierno, 4 de agosto de 1919.

dificultad de obtener armas y pertrechos de guerra, pero sobre todo el escaso apoyo que los rebeldes habían obtenido por parte de la población, influyeron para que el movimiento que encabezaba Cal y Mayor se fuera debilitando en el transcurso de los siguientes años.

Durante los primeros meses de 1920, las tropas de Cal y Mayor no realizaron ninguna incursión que amenazara gravemente la tranquilidad de los departamentos de Mezcalapa y Pichucalco. Solamente el pueblo de Ocoatepec, en la sierra de Tecpatán, sufrió varias incursiones por parte de las tropas rebeldes pero, al parecer, y de acuerdo con pobladores actuales del lugar, los revolucionarios lograron ser repelidos por los mismos campesinos. Desde mediados del mes de abril, los habitantes de Ocoatepec se habían percatado de la presencia de tropas zapatistas en las inmediaciones del pueblo. Alarmado por una posible invasión, el presidente municipal urgió el envío de armas y pertrechos de guerra para “resguardar –decía en su misiva al gobernador– a esta población de los rebeldes zapatistas que han estado llegando por estos lugares”.⁷⁸ Aunque las autoridades del estado dispusieron el envío de armas,⁷⁹ éstas no lograron contener la entrada de los rebeldes a la cabecera municipal de Ocoatepec. Los zapatistas se apoderaron del pueblo en varias ocasiones y en cada una de ellas cometieron múltiples robos, asesinatos y violaciones de mujeres que obligaron a la población a refugiarse en las montañas. Sin embargo, desprovistos de armas y de refuerzos militares pero decididos a defender sus intereses, grupos de campesinos decidieron enfrentar de manera abierta a los zapatistas. Viejos campesinos de Ocoatepec recuerdan cómo los pobladores se armaron y se organizaron para resistir la entrada de las tropas rebeldes y cómo incluso lograron repelerlos.

Mi papá no se fue con los zapatistas, hubo personas que sí se fueron con ellos como soldados. Contaba mi mamá, que cuando llegaban aquí los zapatistas robaban todo, gallinas, puercos, todo lo que encontraban, hasta las mujeres que estaban enfermas las maltrataban.

⁷⁸ AHECH, *Sección de guerra*, tomo I, expedientes 1-8, del presidente municipal de Ocoatepec al gobernador, Ocoatepec, 19 de abril de 1920.

⁷⁹ AHECH, *Sección de guerra*, tomo IV, expedientes 24-71, acuerdo del gobernador del estado, 24 de abril de 1920.

Por eso la gente se iba huyendo al monte o a la ribera y al que encontraban ahí los mataban. Como cuatro o cinco personas se fueron con ellos, pero no por gusto sino por la fuerza. Los zapatistas luchaban porque había otro gobierno, peleaban cuando hubo carrancistas, maderistas. De aquí se fueron 100 hombres voluntariamente, fueron a buscar armas y corrieron a los zapatistas, juntaron armas, escopeta de chimenea y con eso los corrieron.

En ese tiempo aquí la gente tenía escopetas de chimenea, no eran con bala, había como 25 personas que estaban listas, valientes, para defender al pueblo. En un tiempo decidieron ir a tapar el camino, se fueron camino a Tapalapa, a tumbar palos para que no pesaran y entretanto que estaban haciendo la lucha, fueron las 25 gentes con las escopetas y entonces se encontraron con los zapatistas y les echaron fuego, los zapatistas huyeron. Decía mi abuelo que eso fue en tiempo de Crisanto Ramos, que fue presidente municipal en 1919. Después buscaron la manera de entrar y entraron, pero encontraron al presidente municipal, entonces lo agarraron, lo llevaron y lo iban a matar, lo pasearon por donde quiera como castigo porque había tapado el camino. Pero él se defendió y les dijo que el camino lo había tapado el pueblo y no él y después se huyó.⁸⁰

En el mes de mayo de 1920, las tropas de Cal y Mayor realizaron el que, al parecer, fue su último intento por controlar la cabecera del departamento de Mezcalapa. Como en otras ocasiones, los rebeldes buscaron dominar primero al municipio de Tecpatán para luego dar el golpe final a Copainalá. En los primeros días de ese mes, un grupo de 140 soldados bajo las órdenes de Cal y Mayor atacó al pueblo de Tecpatán, y, aunque la guarnición militar que custodiaba al municipio se enfrentó con los rebeldes en un combate que duró 30 minutos, las fuerzas zapatistas lograron apoderarse del pueblo. El 12 de mayo, los rebeldes se dirigieron a Copainalá, pero ahí las fuerzas militares del departamento lograron repelerlos, por lo que las fuerzas rebeldes se replegaron hacia Tecpatán. Antes de llegar a la cabecera municipal, la fuerza de Cal y Mayor se detuvo en la agencia municipal de Gua-

⁸⁰ Francisco Morales Cruz, campesino y ex - presidente municipal de Ocoatepec, 76 años.

dalupe, donde persiguieron a familias campesinas que habían comenzado a huir hacia las montañas. A su llegada al pueblo, saquearon e incendiaron casas y capturaron a varios campesinos para llevarlos a sus campamentos. Después, los rebeldes partieron rumbo a Magdalena para posteriormente dirigirse hacia Chapultenango e Ixtacomitán.⁸¹

A fines de mayo, las fuerzas zapatistas realizaron otro intento por controlar la cabecera del departamento. En esa ocasión, al ver que la guarnición del gobierno era numerosa, desistieron de su ataque y por la noche enviaron un mensaje al comandante del destacamento, el coronel Vicente Montesinos, en el que manifestaban su disposición para llegar a un acuerdo con el gobierno de Tiburcio Fernández Ruiz. Quizá para entonces los zapatistas pensaban que al haberse declarado obregonista, el gobierno de Fernández Ruiz ofrecía mayores garantías con respecto al reparto agrario o bien definitivamente veían perdida la lucha. Esa noche, el coronel Montesinos se negó a entablar una plática con los rebeldes, pero los invitó a sostener una conferencia al día siguiente.⁸² No se sabe si la entrevista se efectuó en la fecha señalada, pero los rebeldes continuaron luchando en los departamentos de Mezcalapa y de Pichucalco por lo menos hasta mediados de 1921. De acuerdo con Thomas Benjamin, en la segunda mitad de 1920, Cal y Mayor reconoció el movimiento de Agua Prieta que llevó a Obregón a la presidencia y en recompensa fue nombrado jefe militar de una de las zonas militares de Chiapas.⁸³ Si así ocurrió es probable entonces que los jefes zapatistas que condujeron las últimas acciones revolucionarias durante 1921 lo hayan hecho por su propia cuenta.

Unos meses después de haber intentado negociar con el gobierno de Fernández Ruiz, las tropas zapatistas comenzaron nuevamente a amenazar a las poblaciones del departamento de Pichucalco. En agosto de 1920,

⁸¹ AHECH, *Sección de guerra*, tomo II, expedientes 16-17, del presidente municipal de Tecpatán al presidente de la Comisión de Reclamaciones de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, Tecpatán, abril de 1922.

⁸² AHECH, *Sección de guerra*, tomo II, expedientes 16-17, del presidente municipal de Tecpatán al presidente de la Comisión de Reclamaciones de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, Tecpatán, abril de 1922.

⁸³ Cal y Mayor, Copia del informe rendido por el C. General de brigada Rafael Cal y Mayor...*Op.Cit.*, pp. 602-603.

la continua amenaza de ataques rebeldes había motivado el establecimiento de un destacamento militar en el municipio de Ixhuatán, no sólo para custodiar a la población de este municipio, sino también a la del pueblo de Ixtacomitán. Sin embargo, al poco tiempo de haber sido establecida, las propias autoridades del departamento decidieron retirarla, y, viendo amenazada su seguridad, parte de los habitantes de ambos municipios decidieron huir a las montañas.⁸⁴ En esta ocasión, el temor de la población no se fundaba solamente en la posibilidad de un ataque zapatista, sino en la llegada de las tropas del gobierno, a las que también se les temía por sus frecuentes abusos. Cuando los funcionarios estatales reclamaron al presidente municipal de Ixhuatán el envío del impuesto de capitación, éste tuvo que confesarle que los “naturales” habían comenzado a huir del pueblo al saber que las tropas de Pichucalco iban a pasar por ese municipio.⁸⁵

Durante los siguientes dos años, y dadas las dificultades que enfrentaban para propagar la revolución en Chiapas –sobre todo después de que probablemente Cal y Mayor ya no dirigía al movimiento– las tropas zapatistas pusieron en marcha nuevas estrategias para garantizar el ingreso de campesinos a sus filas. En vez de asesinar a las autoridades locales y provocar la huida de la población, los rebeldes intentaron convencer a los presidentes municipales sobre los beneficios de la lucha agraria. Como era de esperarse, los funcionarios locales se negaron a reconocer la autoridad de los jefes zapatistas, y, en la primavera de 1921, grupos rebeldes ingresaron al municipio de Ostuacán. Ahí reunieron a la población y argumentaron que por “disposiciones del gobierno” todos los habitantes debían trasladarse al municipio de Sayula, en donde los rebeldes tenían un campamento. Una parte de los campesinos logró huir a las montañas, pero muchos fueron obligados a trasladarse al campamento zapatista. Una vez concentrados, los campesinos fueron forzados a firmar un libro en el que quedaron registrados “oficialmente” como soldados zapatistas. Al presidente municipal también lo obligaron a obedecer sus órdenes y bajo amenazas hicieron que firmara el libro

⁸⁴ AHECH, *Sección de guerra*, tomo I, expedientes 1-8, fe vecinos de Ixhuatán al gobernador, Ixhuatán, 6 de agosto de 1920.

⁸⁵ AHECH, *Sección de guerra*, tomo IV, expedientes 24-71, del presidente municipal de Ixhuatán al gobernador, Ixhuatán, 7 de agosto de 1920.

para afiliarse “formalmente” al movimiento zapatista. En el pueblo, si bien los rebeldes dejaron que los funcionarios locales permaneciera en el ayuntamiento, eran los zapatistas quienes daban todas las órdenes.⁸⁶

Como parte de una estrategia desesperada para hacerse de adeptos, las fuerzas zapatistas realizaron éstas y otras acciones en diversos municipios del departamento de Pichucalco. Al parecer, la dificultad que presentaban algunos pueblos para comunicarse con la cabecera del departamento y la falta de información acerca de las disposiciones oficiales fueron las razones por la que autoridades y habitantes de los pueblos más alejados fueron engañados y obligados a afiliarse a las tropas rebeldes. Así lo sugirió el presidente municipal de Pichucalco en una carta que envió a la secretaría general de gobierno y en la cual informaba que había recibido numerosas quejas en contra de las fuerzas zapatistas. Los rebeldes, señalaba, “Han sido y son el terror de estos lugares por sus hechos y procedimientos [...]. Estas fuerzas, bien armadas, en grandes o pequeños grupos, viven recorriendo todos lo municipios de este departamento, infundiendo en esas poblaciones, de gentes en lo general indígenas y pobres, gran alarma y la mayor intranquilidad y desasosiego, en virtud de que, amparados de su carácter militar y de que no existe nadie quien les impida hacer lo que quieren, [...] las atemorizan [diciéndoles] que tienen tales o cuales órdenes para hacer lo que les plazca.” “Muchas son las quejas verbales que a diario se presentan en esta presidencia –continuaba en su informe el funcionario– Los zapatistas de referencia se llevan de las poblaciones indígenas a los vecinos para que vayan a trabajar dándoles como retribución 50 centavos diarios. Pero al retirarlos del trabajo, les entregan un uniforme militar, al no estar conformes de recibir ese traje de soldados los obligan a ello tomándoles a la vez su filiación”. Además de esos abusos –concluía el presidente municipal– las tropas rebeldes cometían muchos asesinatos, violaciones, incendios y “todo lo que se puede llamar salvajismo”, pero ni las autoridades indígenas ni las mestizas se quejaban por el temor de represalias.⁸⁷

⁸⁶ AHECH, *Sección de guerra*, expedientes 1-12, del presidente municipal de Ostucacán al gobernador, Tuxtla Gutiérrez, 18 de mayo de 1921.

⁸⁷ AHECH, *Sección de guerra*, expedientes 1-12, del presidente municipal de Pichucalco a la secretaría general de gobierno, Pichucalco, 21 de mayo de 1921.

El desconocimiento de los acuerdos entre los jefes revolucionarios fue un hecho real en los pueblos con mayores dificultades de acceso. En Chapultenango, por ejemplo, desde finales de 1920, las autoridades locales habían solicitado al gobierno del estado “información sobre los arreglos de los jefes revolucionarios para tranquilidad de este pueblo porque ignoramos (lo que sucede) y no sabemos a qué atenernos.”⁸⁸ Quizá desde entonces los zapatistas habían puesto en práctica acciones forzosas para asegurar el ingreso de campesinos a sus filas, pero el desconocimiento sobre la situación de las facciones revolucionarias había hecho que los campesinos acataran, al menos en un principio, las disposiciones de los rebeldes. Ésta fue probablemente la razón por la que los funcionarios de pueblos como Chapultenango no denunciaron ante las autoridades los abusos que los zapatistas cometían. No obstante, hoy en día, en la memoria de campesinos que vivieron durante los años de la revolución en ese municipio, persiste el recuerdo de las acciones que las tropas zapatistas realizaron para forzar a los habitantes a trabajar en los campamentos rebeldes y afiliarlos a su movimiento. También recuerdan, por otra parte, cómo el gobierno obligaba a los campesinos a afiliarse a las tropas que combatían a los zapatistas y cómo, para evitar ingresar a uno y otro ejército, los campesinos optaban por huir a las serranías.

Los zapatistas eran malos: a los que andaban en el camino o por ahí los robaban. Cal y Mayor mandaba gente a quemar casas, quemaban las casas de los ricos y a los pobres se los llevaban para que se fueran a su cuadrilla o también como mozos. A mi papá no lo llevaron porque nos fuimos a esconder a la serranía.⁸⁹

Mi mamá decía que cada mes pasaban los zapatistas y todos teníamos que huir. Los desgraciados soldados agarraban a las mujeres para joderlas. Los zapatistas tenían su campamento y ahí dejaban su carga, llevaban a muchos hombres y las mujeres hacían la comida.

⁸⁸ AHECH, *Sección de guerra*, tomo II, expedientes 9-19, del presidente municipal de Chapultenango al gobernador del estado, 30 de septiembre de 1920.

⁸⁹ Felipe González Ávila, Carmen Tonapac, Chiapa de Corzo. (ex -ejido de Chapultenango), 76 años.

La gente se escondía en los montes. Una noche se iban y llevaban su comida, cuando ya sabían en Ocoatepec que venían, entonces huían.

Algunos los llevaban por la fuerza para cargar y por eso también todos huían. Manuel González se fue con el ejército, por coraje entró como soldado, otros también fueron, algunos regresaron, pero él ya no. La guerra duró muchos años. Los calimayores entraron a las oficinas del ayuntamiento. También quemaron la finca Sonora, le echaron fuego con petróleo.⁹⁰

Los del gobierno también agarraban a la gente. Los agarraban en el camino cuando llevaban carga a Tuxtla, en la espalda traían los bultos de patate y ahí los agarraban para que fueran a ser soldados. El que no huía, lo metían al ejército y se los llevaban a la guerra, a Tapachula, Arriaga, muchos ya no regresaron, se murieron en la guerra. Cuando el gobierno sabía por donde venía la tropa de zapatistas, ahí los mandaban a sus soldados, era pura guerra, pura bala. Adelante de Tapachula llegó la gente del gobierno, ahí la juntaba para enseñarles cómo iban a ser soldados. Cuando ya aprendían entonces les daban su escopeta y a la guerra. Murieron muchos compañeros de Chapultenango por la guerra. Nos contaban que cuando venía la bala, venía a montones, parecía agua que caía. Los que se iban a Tuxtla a aprender, como ya sabían más, les daban ametralladoras que disparaban más. Algunos que fueron a la guerra nos platicaron que cuando estaban los balazos, la gente del gobierno no moría.

Conclusiones

No se sabe con precisión cuándo y cómo el movimiento zapatista finalmente se disolvió. Después del mes de abril de 1922, el gobierno de Chiapas, que desde diciembre de 1920 se encontraba al mando de Tiburcio Fernández Ruiz, dejó de recibir noticias acerca del movimiento zapatista por lo que probablemente desde entonces, los rebeldes desistieron por completo de su lucha y los habitantes de los departamentos de Mezcalapa y de Pichucalco pudieron por fin disfrutar de cierta tranquilidad.

⁹⁰ Pablo González Gómez, Carmen Tonapac, Chiapa de Corzo. (ex -ejido de Chapultenango), 78 años.

Es muy probable, también, que los integrantes de las tropas zapatistas a quienes Cal y Mayor dotó de tierras en la zona de Malpaso hayan permanecido ahí usufructuándolas. En todo caso, en la memoria de los viejos pobladores de ese lugar debe permanecer el recuerdo de la forma en la que los rebeldes decidieron poner fin a su lucha.

No obstante las presiones económicas que los campesinos del noroeste de Chiapas enfrentaban a la llegada de las tropas zapatistas, ni los que poseían tierras de baja calidad y que se convertían en peones endeudados, en arrendatarios o en comerciantes que enfrentaban condiciones difíciles y riesgosas, ni los campesinos que fueron despojados de sus tierras y que se vieron forzados a ingresar también al trabajo endeudado, se sumaron, en general, a las fuerzas zapatistas. Más que factores geográficos y de la composición lingüística de la población, la escasa participación de los pueblos del noroeste de Chiapas en el movimiento zapatista parece estar relacionada con la percepción que los campesinos tenían sobre distintos factores económicos y políticos. Por un lado, los campesinos que poseían tierras de ejidos suficientes, pero de bajo rendimiento, contaban al menos con la posibilidad de realizar actividades comerciales que, aún en las condiciones de riesgo y dificultad en que las realizaban, les permitía obtener los ingresos necesarios para adquirir al menos los granos básicos. Estos intercambios comerciales habían posibilitado a los campesinos mantener el equilibrio social de sus pueblos durante décadas enteras y sobrevivir periodos de malas cosechas.

Por otra parte, los campesinos con tierras de mala calidad también tenían la posibilidad de arrendar tierras, lo cual, a pesar de las condiciones desventajosas en las que el arriendo se realizaba, representaba un medio seguro de obtener lo necesario para vivir. Tanto pequeños comerciantes como arrendatarios parecían así compensar la dificultad de contar con tierras poco productivas, y mientras sus condiciones de vida, aunque precarias, no se alteraran súbitamente, mientras no experimentaran otros agravios, su participación en un movimiento social como el que encabezaba Cal y Mayor parecía no justificarse. Por otro lado, aquellos campesinos que se veían forzados a ingresar a las fincas para convertirse en peones endeudados —ya sea por la baja productividad de

sus tierras o porque habían sido despojados— perdían su libertad, pero a cambio obtenían distintas ventajas. Diversos estudios recientes sobre el trabajo y las relaciones sociales al interior de las fincas han dado cuenta de cómo los trabajadores participaban de una economía moral en la que las jornadas extenuantes de trabajo, las deudas impagables, los maltratos físicos, etc., estaban compensados con los medios seguros que la finca les ofrecía para vivir, es decir, un pedazo de tierra, una casa, comida, ropa y ayudas extras cuando enfrentaban algún problema. De acuerdo con los testimonios orales de los campesinos, los pueblos del noroeste de Chiapas compartían también esta percepción del trabajo y de las relaciones sociales en las fincas. La resistencia a abandonar las fincas después de decretada la ley de la liberación de los mozos en 1914, muestra, por ejemplo, cómo los campesinos de la región se negaban a abandonar un lugar que les había ofrecido seguridad y protección durante mucho tiempo y que ello compensaba, de algún modo, las difíciles condiciones de trabajo a las que estaban sometidos. La ley de 1914 dio fin al trabajo endeudado, pero muchos campesinos continuaron laborando en las fincas en calidad de jornaleros y mientras los campesinos no percibieran la posibilidad de cuestionar el sistema de fincas —tal como no sucedió con la irrupción del movimiento zapatista en la región, probablemente por su alto contenido de violencia o por la incapacidad de éste de comprender la problemática de los trabajadores de las fincas— ese sistema continuó gozando de legitimidad por lo menos hasta 1930, década en la que dio inicio el movimiento agrarista en la región.

Una tercera razón, por la cual la población campesina del noroeste de Chiapas no encontró quizás motivos suficientes para unirse a las filas zapatistas es que, a excepción de los casos en los que el finquero se convirtió en cacique y controlaba los asuntos políticos y sociales más importantes de la población —como en Chapultenango— la mayor parte de los pueblos de ambos departamentos contaba con una amplia autonomía en el manejo de sus asuntos internos. La autonomía con la que los campesinos conducían su vida social y política era resultado del vacío de autoridad generado por la inestabilidad política que se presentó en todo el estado entre 1910 y 1940. Esta capacidad que los pobladores de la zona tuvieron para controlar aspectos importantes de su vida so-

cial y política era percibido por los campesinos de la región como una ventaja que compensaba, en parte, las presiones que enfrentaban en su vida económica y debió ser esta también una razón importante por la que muchos de ellos no encontraron motivos importantes para sumarse a la rebelión zapatista.

Del lado de los rebeldes, los abusos que las tropas de Cal y Mayor cometieron en contra de la población civil –saqueos, incendios, violaciones y el reclutamiento forzoso de los pobladores a las filas rebeldes– se constituyeron en un factor determinante que motivó igualmente el rechazo de los campesinos a la revuelta zapatista. Si desde un inicio los campesinos de la región hubieran participado en el movimiento rebelde, lógicamente la violencia con la que actuaron las tropas de Cal y Mayor hubiera sido mucho menor. Sin embargo, frente a la indiferencia de los campesinos y a la falta de una estrategia para hacerse de recursos y armas –una limitante del movimiento zapatista en el ámbito nacional– las tropas zapatistas no tuvieron otro camino más que tomar por la fuerza lo que la población civil no aportaba voluntariamente. De ahí los frecuentes actos de delincuencia y bandidaje, que por lo demás eran comunes también en el movimiento del centro-sur de país, sobre todo en un momento en el que los controles tradicionales del régimen porfirista habían desaparecido.

Bibliografía

Ávila Espinosa, Felipe Arturo, 2001, *Los orígenes del zapatismo*, El Colegio de México, UNAM, México.

Benjamin, Thomas, 1990, *El camino a Leviatán*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.

—, 1983, “Una historia poco gloriosa. Informe de Rafael Cal y Mayor al general Emiliano Zapata, 1917”, en *Historia mexicana*, 128, Abril-junio ,pp. 597-620.

Cal y Mayor, Rafael, abril-junio 1983, “Copia del informe rendido por el C. de brigada Rafael Cal y Mayor al general en jefe de la revolución Emiliano Zapata, año de 1916”, citado en Thomas Benjamin, “Una historia poco gloriosa Informe de Rafael Cal y Mayor al general Emiliano Zapata, 1917” en , *Historia Mexicana*, 128.

Córdova, Arnaldo, 1973, *La ideología de la revolución mexicana*, ERA, México.

Dulles, Jhon, W. F., 1982, *Ayer en México. Una crónica de la revolución (1919-1936)*, FCE, México.

García de León, Antonio, 1983, *Resistencia y utopía. Memorial de agravios y crónica de revueltas acaecidas en la provincia de Chiapas durante los últimos quinientos años de su historia*, tomo II, ediciones ERA, México.

—, 1991, *Ejército de ciegos. Testimonios de la guerra chiapaneca entre carrancistas y rebeldes: 1914-1920*, Ediciones Toledo, México.

Gordillo y Ortiz, Octavio, 1977, *Diccionario biográfico de Chiapas*, B. Costa AMIC Editor, México.

Katz, Friedrich, 1981, *La guerra secreta en México. Europa, Estados Unidos y la revolución mexicana*, ERA, México.

Martínez Assad, Carlos, 2001, “Del fin del porfiriato a la revolución en el sur-sureste de México” en *Los sentimientos de la región*, editorial Océano, México.

Paniagua, Flavio Antonio, 1988, *Catecismo elemental de historia y estadística de Chiapas*, Patronato Fray Bartolomé de Las Casas, A.C., San Cristóbal, pp. 79-85.

Secretaría General del Gobierno del estado, 1 de septiembre de 1909, *Anuario estadístico del estado de Chiapas, año de 1908*, Sección de estadística, Tuxtla Gutiérrez.

Secretaría General del Gobierno del estado, 1898, *Datos estadísticos del estado de Chiapas recopilados en el año de 1896*, Imprenta del gobierno, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.

Secretaría General del Gobierno del estado, 1909, *Censo agrícola 1909* Sección de estadística. Valor fiscal de la propiedad raíz en el estado, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.

Toledo Tello, 2002, Sonia, *Fincas, poder y cultura en Simojovel, Chiapas*, UNAM-UNACH, México.

Tutino, John, 1990, *De la insurrección a la revolución en México*, ERA, México.